

Huehuetoca
en la historia de México

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN IDENTIDAD | HISTORIA

ILDEFONSO RAMÍREZ GIL

Huehuetoca
en la **historia** de México

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Huebuetoca en la historia de México

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2015

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Ildefonso Ramírez Gil

ISBN: 978-607-495-426-5

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/89/15

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
HUEHUETOCA	15
ORÍGENES	17
GENERALIDADES	17
MÍNIMA RESEÑA HISTÓRICA	18
HACIENDA DE XALPA	23
CONSTRUCCIÓN DEL CASCO DE LA HACIENDA	25
CONDICIONES EN QUE SE ENCONTRABA EL CASCO DE XALPA EN EL AÑO 2000	35
OTRAS OBRAS DE DON JACOBO PÉREZ BARROSO	45
CAPILLA DE SANTA MARÍA XALPA	49
ACUEDUCTO DE LA HACIENDA DE XALPA	51
ÉPOCA POSREVOLUCIONARIA	56
EL TAJO DE NOCHISTONGO	57
PORTAL DEL TAJO DE NOCHISTONGO AL RÍO TULA	72
HACIENDA LA GUIÑADA O GUADALUPE	75
LA RELIGIÓN EN HUEHUETOCA	83
CELEBRACIÓN DE LA SEMANA SANTA EN HUEHUETOCA	92
ESPLENDOR Y OCASO FERROCARRILERO	95
FERROCARRILES MEXICANOS EN LIQUIDACIÓN	99
EJIDO DE HUEHUETOCA EN LA ACTUALIDAD	105

ELECCIONES MUNICIPALES	113
EDUCACIÓN	125
PROFESIONISTAS EN HUEHUETOCA	129
ALDEAS INFANTILES SOS HUEHUETOCA	131
LEYENDAS DE HUEHUETOCA	137
EL SANTO CRISTO	139
EL CHARRO DE LA HACIENDA DE XALPA	139
EL TOCADOR DE CHIRIMÍA	140
LA CUEVA DEL CERRO CINCOQUE	141
EL NIÑO EMPAREDADO	142
EL NAHUAL	142
FUENTES CONSULTADAS	145

*Mi agradecimiento a Eruviel Ávila Villegas,
gobernador del Estado de México,
por haber aceptado mi solicitud de publicar este libro.*

*A mi entrañable amigo y compañero de estudios,
José Antonio Muñoz Samayoa.*

*A mi esposa María del Carmen.
A mis hijos e hijas, a mis yernos y nueras,
a mis nietos y a mis nietas María José y Julieta.*

*A mi pueblo y a su gente, en especial a los campesinos, que fueron,
junto con mi padre, mis primeros maestros.*

*A los empresarios Jacobo Pérez Barroso, José Lugo Guerrero,
Miguel Ortega Rojo, José Sánchez Candaz y otros que arriesgaron
su capital para dar trabajo a los habitantes de Huehuetoca.
A quienes tuvieron la oportunidad de colaborar con ellos.*

*A los ferrocarrileros, forjadores de una empresa mexicana
que por muchos años benefició a viajeros y transportistas.*

A Alfonso Sánchez Arteché.

INTRODUCCIÓN

LOS ORÍGENES DEL ACTUAL MUNICIPIO MEXIQUENSE DE HUEHUETOCA PARECEN remontarse a la época en que los nahuas, antecedente de los mexicas, peregrinaron en busca del sitio en que, según el designio de su dios Huitzilopochtli, debían asentarse. En su largo viaje llegaron hasta Tula, ciudad de los toltecas, pasaron por Jilotepec, tierra de los otomíes, y arribaron al cerro Cincoque (actual Huehuetoca), donde, es factible presumir, permanecieron una temporada debido a las bondades del terreno.

Mucho tiempo después, ya consumada la conquista, grupos de españoles solicitaron permiso para fundar una población que luego se convertiría en villa: Huehuetoca. El Camino Real fue construido en 1835 y los primeros habitantes instalaron mesones para hospedar a los viajeros que iban hacia los yacimientos de oro y plata. El trabajo en las minas era pesado y los naturales eran obligados a laborar sin recibir comida ni agua; ellos mismos tenían que abastecerse.

Los extranjeros podían prosperar con la compra de alimentos baratos y la venta de bebidas, maíz y frijol a precios elevados. Ya no necesitaron arriesgar su capital en las minas alejadas y peligrosas: era mejor poner una tienda de abarrotes y licores, que para los indígenas resultaba novedosa. Éstos, por su parte, trabajaban la tierra. En sus cultivos empleaban arados con aleación de fierro y yuntas aparejadas con cueros conseguidos en las tiendas de los españoles. La coa de madera fue sustituida por la de fierro y la pala de punta.

Así era, en líneas generales, la vida de los habitantes del futuro Huehuetoca, que entre los siglos XIX y XX se elevó a la categoría de pueblo y, finalmente, a la de ayuntamiento. Diversos acontecimientos ocurrieron en el transcurso de los años, pero el cambio sustancial llegó hasta 1975, cuando la industria cobró impulso.

HUEHUETOCA

ORÍGENES

ES MUY PROBABLE QUE LOS NAHUAS HAYAN SIDO EL PRIMER GRUPO HUMANO EN asentarse en el territorio del actual Huehuetoca, concretamente en las faldas del cerro Cincoque. Con el paso del tiempo, sus sucesores llamaron a este lugar Huehuetoca, en alusión a que había sido cuna de su linaje. El nombre deriva del náhuatl *huehue*: viejo, antiguo, y *toca-itli*: nombre, fama, honra. Así, su significado es: “pueblo de alcornia y de linaje antiguo”. Durante la época colonial se fundó en esta zona una villa que posteriormente, el 7 de mayo de 1890, fue elevada a la categoría de ayuntamiento.

GENERALIDADES

Huehuetoca es, en la actualidad, uno de los 125 municipios del Estado de México. Se localiza al noroeste del Distrito Federal, a una distancia de 46.5 kilómetros por las vías del ferrocarril México-Guadalajara y México-Laredo; a 48 por la carretera México-Cuautitlán-Huehuetoca y a 56 por la autopista México-Querétaro. En 2010, su población aproximada era de 250 mil habitantes.

Colinda al norte con el cerro de Ahumada y Santa María, en el municipio mexicano de Apaxco; al noroeste con la loma de El Cenicero, en Hueypoxtla, y con el cerro del Chiquihuite y la loma de El Salto en Tepeji del Río de Ocampo, Hidalgo; al sur con Coyotepec, Estado de México; al suroeste con la Sierra de Tepotzotlán, en el municipio del mismo nombre; y al oeste con Cantera de Villagrán, San Buenaventura y San José Piedra Gorda, en Tepeji.

El clima es templado subhúmedo, con precipitaciones pluviales de 600 a 800 milímetros anuales, lluvias de junio a septiembre y una temperatura media de 15 grados centígrados.

La estación de parada de la línea de ferrocarril México-Guadalajara se ubica 300 metros al este del jardín municipal; la de la vía México-Laredo, 700 metros al

este del centro. La carretera Teoloyucan-Huehuetoca arranca en Cuautitlán y sigue hacia el norte, al municipio de Apaxco. Paralelo a ésta se encuentra parte del río Cuautitlán, cruzado por tres puentes construidos en la época colonial: Guadalupe, El Calvario y El Nopal, donde hay una estación de recursos hidráulicos para medir el caudal. En este punto el río cambia su nombre por el de Tajo de Nochistongo.

Casi todos los terrenos son planos, con irregularidades causadas por el agua que baja de los cerros. Huehuetoca contaba con seis mil 400 hectáreas para explotación agrícola y dos mil 500 para pastoreo, de las cuales, hacia 2005, 66% se había destinado a la construcción de conjuntos habitacionales.

Las comunidades que conforman al municipio son: Huehuetoca o Zona Centro, Santa María, Barranca Prieta, San Bartolo (el de arriba y el de abajo), La Cañada, El Calvario, Salitrillo, San Pedro Xalpa, Puente Grande, San Miguel Jagüeyes, Jorobas, Santiago Tlaltepoxco y Ejido de Xalpa.

Como atractivos turísticos destacan los cascos de las exhaciendas de Xalpa y La Guiñada, el acueducto de Xalpa, el Tajo de Nochistongo, la parroquia de San Pedro y San Pablo, las capillas de El Calvario, San Bartolo, San Miguel Jagüeyes, Santiago Tlaltepoxco y Ejido de Xalpa, la presa de Cuevecillas y el cerro Cincoque, que ofrece la mejor vista panorámica de Huehuetoca y sus comunidades.

MÍNIMA RESEÑA HISTÓRICA

Durante el periodo de esplendor mexica, Huehuetoca se encontraba bajo el dominio del imperio de Moctezuma II y hacía llegar sus tributos a través de Cuautitlán. Era un pueblo sumiso porque entre los mexicas tenía familiares directos, hablaba la misma lengua que ellos, el náhuatl, participaba en sus ceremonias religiosas y juegos y gozaba de la protección de sus ejércitos.

Cuando el ejército español preparaba el sitio de Tenochtitlán, en 1521, tocó a Martín López participar en la construcción de 13 bergantines que serían botados en el lago de Texcoco para atacar la ciudad. Al triunfo de los conquistadores, López recibió como premio el territorio de Huehuetoca.

Consumada la conquista, el descubrimiento de riquezas y la explotación de las tierras aumentaron el trabajo y el comercio, por lo que hacia 1531 fue evidente la necesidad de abrir caminos que conectaran al país, fueran seguros y transitables

para bestias de carga y carros, y sustituyeran el sistema de veredas que antes empleaban los indígenas para llevar sus tributos a Tenochtitlán. Así comenzó la construcción del Camino Real, que permitió el desarrollo de Huehuetoca, y de otras vías de comunicación.

Ya instalado el virreinato, grupos reducidos de chichimecas se dedicaron a asaltar las haciendas. Eran de baja estatura y sin religión definida; estaban acostumbrados a las caminatas largas y a soportar las inclemencias de la naturaleza; eran diestros en el arco y la flecha, pues su supervivencia dependía de ello. Pasaban su existencia en guerra constante por el dominio de territorios ricos en frutas y animales. No tardaron en emprender incursiones en los pueblos para robar mujeres jóvenes y diversos productos. Ante el azote de los chichimecas, en la hacienda de Xalpa, sobre la que se abundará más adelante, se formó un grupo de defensa que los fue desplazando de Huehuetoca.

Las autoridades virreinales recibían muchas peticiones para abrir estancias de ganado mayor y menor, por lo que repartieron tierras al norte de Huehuetoca. Los primeros estancieros se encontraron sin mano de obra, así que llevaron mestizos, negros de Veracruz e indígenas de Tlaxcala y el Valle de México. Al ser descubiertas las vetas de plata de Zacatecas se incrementó el aluvión de personas que pasaban por Huehuetoca y fue necesario ampliar el Camino Real, que ya llegaba hasta Querétaro.

Los estancieros y mineros quisieron aprovechar la mano de obra de los chichimecas, pues tlaxcaltecas y negros les resultaban caros. Comenzaron a capturarlos atacando sorpresivamente sus campamentos; los persiguieron, les quitaron a sus mujeres e hijos, les impidieron la recolección de vegetales y les ahuyentaron la caza. Los chichimecas se defendieron mediante la guerra de guerrillas: dañaban la retaguardia de los carruajes y huían, robaban y asesinaban.

Al ver en peligro sus posesiones, las autoridades virreinales implementaron tres medidas: patrullas de soldados, construcción de fortalezas y creación de poblaciones estratégicamente situadas. Así se fundó la villa de Huehuetoca, desde la que eran vigiladas las grandes extensiones de tierra que poseía la hacienda de Xalpa. Huehuetoca se pobló con estancieros españoles, mestizos, negros, mulatos y unos cuantos chichimecas que gustaron de la vida española.

En el siglo XVI la villa de Huehuetoca creció por el desplazamiento de personas hacia las minas de Zacatecas y Guanajuato, por el paso de los convoyes

con minerales para la capital y por la permanencia de una población protectora de las vidas y haciendas, en este caso Xalpa. Tal desarrollo demandó un aumento en los productos alimenticios, con lo que se impulsó la agricultura y se proyectaron obras de irrigación, como el acueducto de Xalpa, que hizo llegar el agua desde el río del Oro, en Villa del Carbón.

Huehuetoca tuvo que producir útiles como asnos, cueros crudos para guardar pulque, mulas, caballos, arneses y artesanías utilitarias como herrería, clavos, herrajes y herramientas. El complejo económico resultó autosuficiente y fue punto de abastecimiento para los viajeros, con lo que el comercio alcanzó su pleno desarrollo en el siglo XVIII.

El salario de los trabajadores del campo era de dos reales, además de una fracción de terreno para sembrar sus alimentos. Los habitantes vivían seguros y en paz, pues los días de raya estaba prohibida la venta de bebidas alcohólicas después de las siete de la noche, con pena de cárcel y azotes para quien fuera descubierto en estado de ebriedad. Los indígenas tenían prohibido poseer y montar a caballo, usar el cabello largo y vestir ropa exclusiva para los españoles. Eran vigilados por los mandones o capataces de la hacienda de Xalpa, así como por las autoridades civiles, que tenían la facultad para aplicar correctivos.

El valor de las tierras aumentó y en la periferia de la villa eran muy caras. La mano de obra era insuficiente y cabía la posibilidad de que los trabajadores abandonaran la labranza para dedicarse al comercio o irse al norte, donde la paga era mejor. Para asegurarse los brazos que necesitaban, los hacendados sujetaban a la peonada por medio de deudas con las tiendas de raya.

La hacienda de Xalpa fue una de las principales productoras de alimentos de la zona durante mucho tiempo, aunque las sequías y heladas eran frecuentes y provocaron la pérdida de las siembras en los periodos 1785-1786 y 1809-1810. Pese a todo, su producción superaba la de las otras haciendas de la región.

En el siglo XVIII la población de Huehuetoca era numerosa, con la raza mestiza como predominante, algunos indígenas y contados españoles, dueños de los mesones y de los mejores comercios. En las tiendas se vendía todo tipo de mercancía: carbón vegetal, leña, cobijas, cobertores de lana, mantas de algodón, vestidos muy bien confeccionados, pieles crudas y hasta enseres de cocina. Era una villa importante por ser paso obligado para los cargamentos de minerales procedentes de Guanajuato, Hidalgo, Zacatecas y San Luis Potosí, los cuales

eran pesados en una garita ubicada en la entrada de la población. Existían dos mesones, el de San José y el de San Antonio, con amplios corrales para guardar diligencias y animales. Junto al corral estaban los cuartos. Ambas casas tenían en la planta alta las habitaciones más confortables, generalmente ocupadas por los patrones. A un lado del zaguán se encontraba la fonda.

En el camino hacia la capital del virreinato no se veía otro lugar con tanto movimiento. Día y noche desfilaba toda clase de viajeros a pie, en coche o caballo: la diligencia que hacía el servicio a las principales poblaciones; el coche o carreta del hacendado rico, escoltado por mozos armados y vestidos de cuero; el carruaje desvencijado de los rancheros pobres; los grandes carros que hacían viajes largos; las carretas de carga con magníficos hatajos de mulas de gran alzada; los arrieros, montados en mulas o burros; el burro único, arreado por su dueño, tan miserable el uno como el otro.

Los caminantes más parecían peregrinos o migrantes que viajeros, pues iban cargados de maletas. Los más alegres eran los mercilleros (vendedores ambulantes), que llevaban una caja de madera con cristal en una de sus caras, por el que se podía ver su mercancía, y un órgano de boca para tocar sones populares.

El intrincado tránsito mercantil permitió a los pobladores de la villa conocer de primera mano lo que sucedía casi en toda la Nueva España. No obstante, aunque eran, después de los habitantes de la ciudad de México, los mejor informados del acontecer social y político, carecían de cultura general porque no había colegios y sólo la doctrina católica era obligatoria. De este modo, hacia 1810 desconocían la importancia que en la época comenzaron a tener los conceptos de libertad, autonomía y soberanía.

Tal era el panorama de la villa mientras se gestaba la lucha de Independencia. Doña Josefa Ortiz de Domínguez, cómplice del cura Miguel Hidalgo y de Ignacio Allende, fue aprehendida en Querétaro. En febrero de 1814, durante su traslado a la ciudad de México, quedó detenida unos días en la llamada Casa de los Virreyes, que servía como prisión militar, en Huehuetoca.

Doña Josefa nació en Valladolid, hoy Morelia, en 1773. Permaneció en el Colegio de las Vizcaínas, en la ciudad de México, hasta que se casó con Miguel Domínguez, nombrado corregidor de Querétaro en 1803. Participó en la conspiración encabezada por Hidalgo y Allende. Al ser descubierto el

movimiento se lo comunicó al cura, quien se encontraba en Dolores, Guanajuato, con lo que se precipitó la lucha armada, que comenzó el 16 de septiembre de 1810.

El 4 de febrero de 1814 doña Josefa envió desde Huehuetoca una carta al virrey Félix María Calleja, solicitándole su perdón y diciéndose inocente de las causas que se le imputaban. Como le apenaba ser vista por el innumerable concurso de gente que había en la garita de pesaje de minerales a mediodía, pidió que su traslado se hiciera de noche. El día 18 envió otra misiva. Calleja contestó fríamente sus cartas e ignoró sus peticiones.

El movimiento iniciado por Miguel Hidalgo y Costilla trajo múltiples beneficios a los habitantes de Huehuetoca, pues en aquella época persistía la esclavitud de los indígenas, explotados por los españoles ya no en las encomiendas, sino en las herencias o mayorazgos. Un número no determinado de indígenas acasillados en la hacienda de Xalpa padecía esas condiciones.

Sin embargo, aunque la esclavitud fue abolida continuó la explotación de los trabajadores, como hizo evidente la huelga de mineros de Cananea, Sonora, durante la dictadura de Porfirio Díaz. En las minas de cobre de Cananea trabajaban seis mil mineros mexicanos y unos 600 estadounidenses, pero los primeros ganaban tres pesos por día y los otros el doble. Los inconformes organizaron un sindicato con el fin de obtener mejores condiciones. El 31 de mayo de 1906, los empleados mexicanos de Cananea Consolidated Copper Company protestaron en solicitud de aumento salarial. La manifestación culminó con la muerte de centenares de participantes.

Los trabajadores del campo, la metalurgia y la industria apenas tenían conocimiento de sus derechos, los cuales eran mínimos y no pasaban de ser letra impresa. En Huehuetoca no le iba mejor a los peones de las haciendas de San Miguel, Santa Teresa, Quinta Isabel, La Guiñada y Xalpa, por eso el movimiento revolucionario tuvo eco en esta población. Los trabajadores no tenían nada que perder; por el contrario, muchos estaban endeudados hasta la segunda generación en las tiendas de raya. La Revolución era su única esperanza de poseer tierras propias.

HACIENDA DE XALPA

UNA VEZ CONSUMADA LA CONQUISTA, LOS ESPAÑOLES SE ADUEÑARON DE LAS tierras de los mexicas y se las repartieron en función de su rango militar. A los sacerdotes que llegaron con Hernán Cortés les fueron entregados pueblos enteros, cuyos habitantes fueron marcados con una “G” en la frente. Al conquistador mayor le tocaron los pueblos de Coyoacán, Texcoco y otros más hasta sumar 22, con 28 mil esclavos a su servicio.

A Martín López, constructor de los bergantines utilizados durante el sitio de Tenochtitlán, le fueron concedidos los pueblos de Huehuetoca y Tequixquiac. A Alonso Dávila tocó Cuautitlán; a Juan Ortega, Tepotzotlán; a Diego de Ocampo, Tlatelolco; a Cristóbal Flores, Tenayuca; a Francisco de Montejo, Azcapotzalco. Estas propiedades recibieron el nombre de encomiendas.

En 1550, el virrey de la Nueva España autorizó los sitios de estancia para ganados mayor y menor, así como caballerías en Huehuetoca, Tequixquiac y Zumpango. Las concesiones fueron hechas a condición de que se cultivaran las tierras. En Huehuetoca se sembró trigo, maíz, frijol, calabazas y, en la parte más elevada, magueyes. Los terrenos restantes fueron ocupados por rebaños de ovejas y caballos. En la sierra fue construido un astillero.

En 1560, las tierras de Huehuetoca fueron adquiridas por Diego Ruiz de León y Ana de León, su esposa, quienes fundaron la hacienda de Xalpa. A su muerte, la propiedad fue subastada por los herederos y quedó en manos de Martín de Olave, a nombre del colegio de Tepotzotlán, de la Compañía de Jesús, de lo que se dio fe ante Juan Benítez Camacho, escribano público y real, el 12 de julio de 1595.

CONSTRUCCIÓN DEL CASCO DE LA HACIENDA

La construcción del casco de la hacienda de Xalpa comenzó en 1575 y comprendía una residencia para los dueños o administradores, oficinas, almacenes para los

equipos, semillas y productos, corrales, cobertizos, locales para trasquilar al ganado lanar, casas para los esclavos y una capilla.

Los jesuitas continuaron los trabajos en 1595. Los padres Juan Tovar, Hernán Gómez, Pedro Vidal y Juan Díaz, bajo la dirección del padre Juárez, fundaron el Colegio de San Martín Tepotzotlán, que se mantenía principalmente de las limosnas. El entonces gobernador Martín Maldonado hizo una importante donación para la construcción de este centro escolar, en donde se impartían clases de religión, poesía, canto, música, literatura, aritmética, náhuatl y otomí.

El 24 de mayo de 1604, Pedro Ruiz de Ahumada y Mendoza de Ávila, mercader de plata, devoto de san Ignacio de Loyola y pariente de Teresa de Jesús, donó 34 mil pesos oro. De éstos, 25 mil se ocuparon en la compra de tierras y casas cuyas rentas, de no menos de dos mil pesos, se destinaron al sustento de los religiosos y novicios del colegio de Tepotzotlán. El dinero restante se empleó en la construcción de la iglesia de San Francisco Javier, que comenzó en 1670, previa licencia del virrey Antonio Álvarez de Toledo, marqués de Mancera. Fue así como los jesuitas obtuvieron los terrenos que ocupaba la hacienda de Xalpa y se dieron a la tarea de terminar la finca, que tenía una superficie de ocho mil metros cuadrados.



Entrada principal.



Entrada norte de la hacienda.

El casco de Xalpa es un solo piso abovedado, lo que acentúa su aspecto monacal. La parte más antigua consta de dos claustros cuadrados, con habitaciones de cañón corrido y pasillos con arcos de medio punto. El claustro que corresponde a la casa-habitación es más reducido que el segundo, acondicionado como zona de trabajo y almacén. El tercero, más reciente, comunica con las trojes de almacenamiento y las caballerizas.

Xalpa dependió durante años del colegio y noviciado de Tepetzotlán. Tanto los jesuitas como los sucesivos dueños de la hacienda fueron adaptando la estructura en función de sus necesidades, de modo que el estilo arquitectónico y los materiales utilizados no son los mismos en todo el edificio. En el lado norte de la capilla se construyó un aljibe cuadrangular para captar y almacenar el agua de las lluvias. Asimismo, los jesuitas iniciaron la construcción del acueducto de Xalpa en 1706, obra concluida por Pedro Romero de Terreros, conde de Regla, en 1854.

De 1752 a 1767 se realizó el embellecimiento del colegio de Tepetzotlán con los beneficios obtenidos de las haciendas de Xalpa, Xochimancas y Santa Inés, dedicadas al cultivo de maíz y trigo, así como al ganado vacuno y lanar, recursos que se sumaron al dinero de las rentas de las casas propiedad de la Compañía de

Jesús. En 1753, el padre Pedro Reales, rector del colegio, empleó las utilidades de las cosechas de Xalpa para construir 10 altares con sus retablos. Esta obra estuvo a cargo de artesanos mexicanos y concluyó en 1762.

En una pared del lindero sur del casco de la hacienda, que daba al Camino Real, los jesuitas colocaron una fuente con una cabeza de león empotrada en un círculo de cantera que servía como recipiente. Junto a esa fuente se excavó un pozo. Los caminantes que iban hacia Querétaro, Pachuca, Guanajuato, San Luis Potosí o la ciudad de México acostumbraban dar de beber a sus bestias en la fuentecilla, y cuando ya era de noche encendían fogatas para calentar o preparar sus alimentos y dormían ahí. Por la mañana solían pasar a la capilla de la hacienda a pedir la bendición del cura, a quien obsequiaban algunas monedas en agradecimiento por haberles permitido pernoctar en el lugar.

Por ser trabajadores y considerados con los indígenas, los jesuitas eran muy queridos, pero a mediados del siglo XVIII se produjo un conflicto entre el obispo de Puebla, Juan Palafox y Mendoza, y la Compañía de Jesús. Los jesuitas se habían negado a cubrir los diezmos que el cabildo poblano reclamaba como suyos y que correspondían a unas haciendas de ganado menor donadas a los religiosos. La Compañía de Jesús resultaba peligrosa por su espíritu inteligente, por el inmenso número de adeptos con que contaba en el mundo entero y, sobre todo, por sus riquezas, acrecentadas durante su estancia en la Nueva España. Por estos motivos, en 1767 el rey Carlos III ordenó su expulsión de todos los dominios españoles y decretó también la ocupación de sus bienes, efectos y rentas, lo cual debía efectuarse el día 25 de junio. Se dispuso, asimismo, que los jesuitas fueran trasladados a Italia.

Los integrantes de la compañía fueron concentrados en San Juan de Ulúa, fortaleza construida en el siglo XVI para proteger Veracruz de los constantes nortes. Luego se usó como cárcel militar y adquirió una terrible fama. Los calabozos sólo tenían comunicación por un túnel en que circulaba el agua de mar; cuando la marea subía, tapaba la ventilación y los presos llegaban a morir por asfixia. Ahí permanecieron los religiosos hasta que fueron embarcados hacia Italia.

La expulsión de los jesuitas benefició a la corona española y, en muchos casos, acrecentó el patrimonio de otras órdenes religiosas. Por segunda ocasión, los terrenos de la hacienda de Xalpa fueron puestos en remate. En 1777, el primer

conde de Santa María de Regla, Pedro Romero de Terreros, compró el gran complejo de haciendas que había pertenecido al colegio de Tepotzotlán.

Pedro Romero de Terreros nació en España en 1710 y murió a los 75 años de edad en San Miguel Regla, Hidalgo. Llegó a Nueva España en 1732 y se dedicó a la arriería hasta que, accidentalmente, descubrió una veta de plata y se enriqueció. En 1742 fue alcalde ordinario, alférez y alguacil mayor de Querétaro. En 1743 se asoció con José Alejandro Bustamante e inició la explotación de las minas de Real del Monte.

En su momento, Romero de Terreros fue uno de los hombres más ricos e influyentes de la Nueva España, gracias al producto de las minas de San Juan Pachuca, La Purísima y La Rica. Destinó parte de sus ganancias a obras religiosas y filantrópicas, prestó dinero a los gobiernos virreinales de Carlos Francisco de Croix y Antonio María de Bucareli e hizo diversos regalos a la corona española, entre ellos un buque de guerra que participó en la batalla de Trafalgar. Por su generosidad, el rey Carlos III le otorgó el título de conde en 1769. En 1775 fundó el Monte Pío de Ánimas, actual Monte de Piedad. Fue también propietario de las haciendas de Santa Lucía, Xalpa, San Miguel y Santa María Regla.

Xalpa fue propiedad de la familia Romero de Terreros hasta finales del siglo XIX, cuando fue adquirida por Guillermo de Landa y Escandón, nacido en la ciudad de México en 1842, un destacado político porfirista, senador en 1878 y gobernador del Distrito Federal en 1900. Compró la hacienda en 1890 y acostumbraba invitar a su compadre, Porfirio Díaz, a pasar ahí los fines de semana. Abandonó el país al triunfo de la Revolución y murió en Francia, en 1927. Cuando tomó posesión de Xalpa, en 1892, ordenó construir la presa de Cuevecillas para asegurar el suministro de agua.

En 1922, la extensión de Xalpa y sus anexos (San Sebastián, San Martín, Cuevas, El Sitio, Xochimancas y Santa Teresa) era de aproximadamente 31 mil hectáreas. A la salida del país de Guillermo de Landa y Escandón, el gobierno federal tomó posesión de la hacienda e inició el reparto agrario.

El siglo XVIII es considerado la edad de oro de la hacienda mexicana. En un principio, el término “hacienda” significaba “capital líquido”; posteriormente se aplicó a cualquier tipo de bienes, hasta lograr su sentido más preciso: propiedad rural que agrupa vastas tierras de cultivo y ganaderas, como un sistema de producción autosuficiente con una estructura de relaciones económicas, sociales y culturales debidamente integradas.

Ante la escasez de mano de obra, los hacendados aseguraron con deudas a sus trabajadores. El acasillado era un peón que obtenía un salario, podía comprar maíz a un precio menor en la tienda de raya, recibía su ración de pulque diaria y una casilla, o parte de ella, sin costo alguno, para que la usara como habitación para su familia, dentro de los terrenos de la hacienda. En las propiedades más grandes o cercanas a lugares donde el gobierno ejercía cierto control, podía enviar a sus hijos a la escuela, donde se les enseñaba a leer, a escribir y el catecismo, mas no aritmética o cualquier noción sobre sus derechos. Como gracia adicional, el acasillado percibía un crédito diario para conseguir fiado lo que necesitaba para comer y vestir. Cada domingo se le descontaban de su raya las deudas de la semana. El acasillado sumiso recibía, como muestra de estimación por parte del amo, préstamos en efectivo, sin rédito alguno, con los que solía hacer frente a los gastos de un bautizo, un matrimonio o una fiesta religiosa.

En el Estado de México se instalaron haciendas de labor, ganaderas y pulqueras. De estas últimas hubo más de 400 en el Valle de México, entre ellas Xalpa, La Gavia, Santa Lucía y San Javier, que eran, también, las más extensas y fueron perdiendo territorio conforme avanzó el reparto agrario.

En Huehuetoca, las haciendas de Xalpa y La Guiñada o Guadalupe concentraron la producción de pulque, aunque también había tinacales pequeños. Lo producido era para el consumo interno o para llevarlo a la ciudad de México, donde se distribuía en 25 expendios para hombres y cinco para mujeres.

Cuando una planta llegaba a los ocho años de edad estaba lista para su explotación. Quien iniciaba este proceso era el tlachiquero, palabra que proviene del náhuatl *tlachiqui*, que significa “aguamiel” y alude a la primera fase de fermentación. El tlachique se considera pulque de baja calidad.

Los tlachiqueros tenían la obligación de “deshijar” la planta, hacer la resiembra, la capa, el raspado y la extracción del aguamiel. Vivían fuera de las haciendas y su trabajo era pagado a destajo.

El tlachiquero raspaba el fondo de la piña y extraía el aguamiel con un aco-cote o calabaza hueca, no sin efectuar una suerte de ceremonia en la que pedía perdón al maguey y a la tierra por tomar el preciado líquido, mientras tiraba un poco a los cuatro puntos cardinales. Luego llevaba el aguamiel al tinacal, que era un cuarto de adobe blanqueado, con techo de tejamanil y barro, donde se hacía la fermentación. Este lugar era atendido por el tinacalero, empleado de confianza que

registraba el aporte de los tlachiqueros y ajustaba cuentas con ellos. En el tinacal reposaba el aguamiel durante 24 horas, después de las cuales estaba listo para su consumo o traslado, un proceso peligroso debido a la fragilidad de la emulsión, que a veces se echaba a perder por el ajeteo a lomo de mula.

Durante el porfiriato, las haciendas prosperaron con el cultivo del maguey. La producción de pulque era el trabajo más importante de éstas a finales del siglo XIX, y constituía un ciclo arduo y constante durante todo el año. En Xalpa y La Guiñada, los magueyales sustituyeron a otros cultivos e incluso desplazaron a la incipiente ganadería.

La industria pulquera cobró mayor auge con la llegada del ferrocarril, que garantizaba que la bebida tardaría menos tiempo en pasar del tinacal a los expendios de la ciudad de México. Nació entonces la Asociación Expendedora de Pulques, conocida popularmente como la “aristocracia pulquera”, cuyos miembros ampliaron las haciendas y las decoraron con materiales y mobiliario importados de Europa. Los hacendados se enriquecieron; no así los peones y tlachiqueros.

Después de la Revolución, la política agraria del nuevo gobierno impulsó que los campos de magueyes se distribuyeran entre pequeños propietarios. Esto sucedió hacia 1927 y se intensificó durante el sexenio de Lázaro Cárdenas.

El primer tinacal de la hacienda de Xalpa se construyó en Altamira Zitlaltepec, y como la demanda de pulque aumentó se instaló otro en el lado norte de la capilla, donde trabajaban 200 tlachiqueros y 20 tinacaleros. La Guiñada llegó a tener 60 tlachiqueros y cinco tinacaleros, que producían mil litros de pulque al día. En su época de esplendor, Xalpa elaboraba cinco mil 500 litros de pulque diarios.

El 2 de marzo de 1921, los vecinos de Huehuetoca solicitaron tierras al gobierno federal. Por resolución presidencial, dada el 4 de agosto de 1924, fueron expropiadas mil 157 hectáreas a la hacienda de Xalpa y anexas. Este fallo fue ejecutado el 1 de septiembre de 1924, autorizado por el entonces presidente Plutarco Elías Calles. El 21 de marzo de 1929, Emilio Portes Gil concedió una nueva ampliación a Huehuetoca, con la que Xalpa perdió mil 241 hectáreas más.

El general de división Lucas González Tijerina, apoyado por una fuerza militar importante, fue nombrado administrador de los terrenos sobrantes de Xalpa, que aún fue sometida a nuevas expropiaciones. La hacienda de San Sebastián también fue afectada para dotar de tierras a Huehuetoca, Tequixquiác, Santa María Ajoloapan, Apaxco y Cuevas. En 1940, los habitantes de Coyotepec realizaron una

protesta armada, al mando de Hilario Castillo, para reclamar parte de los terrenos dados a Huehuetoca, pero después de una pequeña batalla fueron derrotados.

Durante la administración de Lucas González Tijerina, la hacienda de Xalpa siguió produciendo pulque hasta 1940, cuando perdió terrenos con magueyales que se convirtieron en propiedad de San Juan Zitlaltepec. En los campos de labor se cultivaba cebada, maíz y frijol; en la zona de pastos, ubicada en las faldas de la Sierra de Tepotzotlán, inició la producción de carbón vegetal.

Cuando las fuerzas militares llegaron a Xalpa comenzaron los rumores de que había tesoros escondidos en el casco, pero, aunque buscaron, llevaron expertos y alquilaron aparatos especiales, no lograron encontrarlos. No obstante, excavaron en todos los pisos interiores y levantaron las lápidas de las tumbas de la capilla.

En 1941, los jesuitas intentaron recuperar la hacienda de Xalpa haciendo una propuesta de compra al gobierno federal, pero al concluir el año la venta fue suspendida porque no se concretó el pago prometido. En 1945 el casco y los terrenos que aún quedaban fueron adquiridos por Jacobo Pérez Barroso. Ese año entró como administrador Ildefonso Ramírez Sánchez, oriundo de Huehuetoca.

Pérez Barroso encontró la hacienda muy deteriorada debido a las excavaciones, por lo que tuvo que remozarla. En cierto momento, uno de los administradores, Enrique Leñero, halló por casualidad un tesoro. Leñero recibió la orden de trasladar la fuente con la cabeza de león al patio de la capilla, y se cree que escuchó ruido metálico cuando el muro fue derrumbado. Por la noche sacó el tesoro, que estaba dentro de cuatro cueros de buey, y paulatinamente lo fue trasladando a casa de su hermana, en la ciudad de México, en el camión de redilas con que se hacía el reparto de leche. Para ello contó con la complicidad de Jacinto Miranda, chofer del camión, y Ángel Castro, machetero. Cuando terminó de enviar las monedas de oro, renunció. Luego se supo que su hermana había adquirido una gasolinera y un expendio de pan.

Jacobo Pérez Barroso nació en la ciudad de México el 15 de abril de 1916, hijo de los españoles Benigno Pérez Corrales y Carolina Barroso. Su madre murió el 6 de septiembre de 1928, cuando él apenas tenía 12 años y ya destacaba por sus cualidades de líder en el Colegio Francés. Al terminar la primaria entró a una escuela de comercio, pero no quiso estudiar y pidió permiso a su padre para trabajar en el rancho La Estrella, donde la principal ocupación era transportar la leche 15 o 20 kilómetros en una carreta tirada por un par de mulas. Jacobo se

las ingenió para hacerlo a través del canal de Chalco, en una barcaza, hasta el mercado de Jamaica, lo que resultó más barato, fácil y rápido. Cuando tenía 14 años adquirió la responsabilidad de administrar los baños El Paraíso y el rancho La Estrella, con el compromiso de enviar a su padre, que había vuelto a España, dos mil 500 pesos mensuales. Al iniciar la Guerra Civil, don Benigno regresó a México, donde realizó nuevas inversiones.

En 1942, Jacobo se comprometió con María del Carmen Lizaur Pernaute, a quien toda su vida llamó, cariñosamente, Mani. La pareja procreó nueve hijos: Mari Carmen, Jacobo, Marisol, Carolina, Alfonso, Ignacio, Ana Bertha, Benigno y Mónica. En 1945 murió don Benigno Pérez. Jacobo vendió el rancho La Estrella, repartió el producto con su hermana María Amalia, fallecida en 1994, y compró la hacienda de Xalpa, que le entregó el general Lucas González Tijerina.

Don Jacobo retiró gran cantidad de magueyes y nopales para poder cultivar alfalfa, avena, trigo y maíz. Asimismo, continuó con la producción de leche, que más adelante le permitiría negociar, con apoyo de su hijo, Jacobo Pérez Lizaur, una alianza con el catalán Daniel Carasso para fundar, en 1973, la empresa Danone de México, que fue una nueva fuente de empleos. Además, los pequeños productores de leche de Huehuetoca pudieron vender su producto a un mejor precio. Con los años, Xalpa se convirtió en una hacienda ganadera reconocida, y en Huehuetoca fue la industria lechera más importante hasta 1975.

Entre 1946 y 1947 Pérez Barroso fundó, con varios socios, la industria textil Zahuapan; después fue director de la fábrica Carolina y Reforma, y más adelante de la fábrica textil La Concha. En 1963 instaló un taller de costura en el casco de la hacienda y dio empleo a 400 costureras, aproximadamente, que hacían batas para el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). Esta empresa se llamó, primero, Manufacturera, S.A., y después Confecciones Xalpa, S.A. En 1978 Ramón Buerba Pérez, sobrino de don Jacobo, se hizo cargo del taller, contrató más obreras y operó cinco años en Xalpa como Amsler y Cía., S.A. En 1980, Buerba Pérez decidió construir una planta independiente que llevaría por nombre Fomento Racional, S.A.

A base de trabajo, carisma y facilidad de palabra, don Jacobo fue abriéndose paso en el mundo de los negocios. Creció su prestigio como hombre de carácter, luchador y confiable, por lo que en tres ocasiones fue presidente de la Confederación de Cámaras de la Industria en México (Concamin). Además, fue socio de Manuel Ávila Camacho y consejero de Miguel Alemán Valdés. Tuvo una relación cordial con

Fidel Velázquez y Lázaro Cárdenas, a quien apoyó en las negociaciones relacionadas con el reparto de tierras. También tuvo contacto con Adolfo Ruiz Cortines, Salomón González Blanco y Adolfo López Mateos. De este último fue amigo cercano y acompañante habitual en giras de promoción internacionales, principalmente a América del Sur, en su calidad de representante de los industriales mexicanos. Conoció, asimismo, a Gustavo Díaz Ordaz, con quien mantuvo una buena amistad. En el Estado de México se relacionó con Alfredo del Mazo Vélez, Alfredo del Mazo González, Carlos Hank González, Jorge Jiménez Cantú, Ignacio Pichardo Pagaza y Ramón Beteta, entre otros.

Debido al carácter emprendedor de don Jacobo, Xalpa se convirtió en fuente segura de empleo tanto para los lugareños como para gente de Michoacán, Hidalgo, Guanajuato, Durango y el Distrito Federal. Antes de la introducción de maquinaria había 450 empleados, principalmente vaqueros, ordeñadores, arrieros, regadores, albañiles, cocineros, meseros y jardineros. La gran cantidad de personal hizo necesario construir viviendas, primero en la hacienda y después en una zona que se convertiría en la colonia San Pedro Xalpa.

Por consejo de Jorge Jiménez Cantú, don Jacobo vendió parte de los terrenos de Xalpa para crear dos fraccionamientos en donde vivirían los obreros. En su momento, el gobernador Carlos Hank González decretó la condonación de impuestos y otros beneficios para las empresas que se asentaran en el territorio. De este modo, Huehuetoca creció y, además, muchos empleados pudieron comprar lotes de hasta 250 metros cuadrados para hacer sus viviendas en los fraccionamientos, teniendo a sus patrones como avales.

El terremoto de 1985 cambió el panorama. Ante la necesidad de socorrer a los damnificados, y sabiendo que los fraccionamientos tenían todos los servicios, el gobierno de la república envió mucha gente a Huehuetoca. Gobiernos extranjeros, a través de sus embajadas, apoyaron a México comprando parte de los lotes, en los cuales se edificaron pies de casa: una cocina, una estancia y barda perimetral, dejando a los futuros dueños construir el resto.

CONDICIONES EN QUE SE ENCONTRABA EL CASCO
DE XALPA EN EL AÑO 2000



Entrada principal.



Jardín de la entrada.



Corredor de entrada.



Otra vista del corredor de entrada.



Otra vista del jardín de entrada.



Jardín y reloj de sol en la parte superior del arco central.



Puertas de la recámara principal.



Corredor hacia las recámaras.



Imágenes que adornan el corredor.



Cuadros y adornos varios.



Comedor.



Frescos del comedor, que aún se conservan.



Fresco de la cantina: cabeza de perro con corona de flores.



Otro fresco de la cantina.



Alberca interior de la hacienda de Xalpa.



Al fondo de la alberca, baños de temazcal.



Puerta hacia la alberca exterior.



Arcos de la alberca exterior.



Salón de juegos.



Arcos de salida de la hacienda de Xalpa.



Vista panorámica del jardín mayor.

OTRAS OBRAS DE DON JACOBO PÉREZ BARROSO

Además de haber sido un notable dirigente empresarial, don Jacobo se distinguió por su faceta humanística. Encabezó la Junta Española de Covadonga e impulsó la expansión de los españoles radicados en México. Como presidente de un Club Rotarios de la república emprendió numerosas obras para la comunidad y se acercó a personajes de la vida política, social y cultural del país.

En 1974 presidió el comité para la construcción de la carretera Teoloyucan-Huehuetoca-Jorobas y quedó como aval del Ayuntamiento de Huehuetoca por la cantidad de 10 millones 800 mil pesos. Durante una comida que ofreció en Xalpa, los representantes del entonces gobernador Carlos Hank González firmaron el acuerdo para iniciar los trabajos. La obra, concluida en octubre de 1975, fue inaugurada por Luis Echeverría Álvarez y detonó la instalación de 60 empresas en la región.

En 1975 reunió a 70 personalidades de la vida social, política y económica de México y las convenció de ayudar al médico Luis Sánchez Bulnes a construir un hospital contra la ceguera, que hoy sigue ubicado en Coyoacán y fue inaugurado

en 1976. Para el año 2000, 300 mil personas habían sido atendidas en sus instalaciones, donde trabajan 250 especialistas en enfermedades de la vista, que ofrecen un servicio de calidad y realizan investigación reconocida a nivel internacional. Don Jacobo tuvo una notable participación en la lucha contra la ceguera, y por ello, cuando en julio de 2001 se inauguró un nuevo hospital como extensión del primero, se le puso su nombre.

Por otro lado, Pérez Barroso instaló en la hacienda de Xalpa una pequeña escuela a la que acudían los hijos de sus trabajadores y algunos otros niños. Numerosas generaciones aprendieron a leer y escribir en esa escuela, donde recibieron su primera, y a veces su única, instrucción.

La capilla de la hacienda era utilizada para la misa dominical, oficiada por el cura de Huehuetoca. El Jueves Santo de cada año, todos los niños que cumplían siete años hacían su primera comunión. Los esposos Pérez Lizaur fueron padrinos de muchísimos pequeños, a quienes regalaban el ajuar para la ceremonia, además de algún presente o un billete nuevo, recién salido del banco. Después de la misa, la madrina ofrecía a sus ahijados un desayuno.

Mani Lizaur murió el 5 de marzo de 1997, en el Distrito Federal. Entonces don Jacobo entregó los muebles y enseres de Xalpa a sus hijos. Tres años después decidieron vender los terrenos y el casco de la hacienda a Grupo Maseca, S.A., propiedad de Roberto González. Con esto finalizó una época de felicidad y progreso para Huehuetoca y su gente.



El jardín de la alberca adornado para recibir a los niños que habían hecho su primera comunión.



Don Jacobo y su esposa acompañando a un par de ahijados.



A don Jacobo y a su esposa les gustaba celebrar las posadas cada año.



Los señores Jacobo y Mani con algunos amigos.



Don Jacobo durante la reforestación del terreno donado por el ayuntamiento para construir Aldeas Infantiles SOS.



El exalcalde Francisco Olguín Cerón y su ayuntamiento reconocieron a don Jacobo por la escuela en que aprendieron a leer y escribir.

CAPILLA DE SANTA MARÍA XALPA

El edificio original de la capilla de la hacienda de Xalpa comprendía una pequeña sacristía, un atrio que da al oriente y un muro perimetral de 80 centímetros de espesor. La nave cuenta con una gran bóveda de cañón corrido, más alto que todos los que componen el casco. La decoración de su sobria fachada consta de una torre cuadrada, de un solo cuerpo, construida en el siglo XVI, una ventana y una torre de estilo neogótico. El altar posee un retablo de tipo estípite, estilo churrigueresco; los techos son de medio punto, abovedados, con candiles y frescos, uno de los cuales, ubicado en la parte central, es *La advocación de María*, de autor anónimo. Esta pintura se encuentra rodeada por esculturas estofadas que representan a los principales santos de la Compañía de Jesús: Ignacio de Loyola, su fundador, Francisco de Borja y Francisco Javier. Tres óleos rematan el retablo: en el central aparece un ángel; en los laterales, de dimensiones menores, dos santos no identificados portando palmas de martirio.

Del dinero donado por Pedro Ruiz de Ahumada a la Compañía de Jesús en 1604, seis mil pesos oro se ocuparon en la construcción del edificio del colegio y la iglesia. El colegio de Tepetzotlán contrajo la obligación de dedicar a su benefactor nueve misas cada año.



Capilla de la hacienda de Xalpa.

En 1847 las autoridades civiles y eclesiásticas, a solicitud del dueño de la hacienda de Xalpa, hecha por mediación del diputado Manuel Terreros, permitieron la construcción de un panteón en la capilla, para sepultar a los familiares de Pedro Romero de Terreros, conde de Regla.



Nuestra Señora del Buen Parto.

ACUEDUCTO DE LA HACIENDA DE XALPA

Los jesuitas llegaron a tener 60 mil ovejas y mucho ganado menor, por lo que se vieron en la necesidad de buscar un sitio para abastecerse de agua. La que tenían en la hacienda y en sus presas resultaba insuficiente.



Arcos del Sitio, la obra más importante del acueducto de Xalpa.

En el cerro de la Bufa, localizado en Villa del Carbón, a 65 kilómetros de Xalpa, los jesuitas encontraron un manantial que consideraron sería suficiente para cubrir sus necesidades, por lo que se dieron a la tarea de construir un acueducto que cubriera esa distancia. Determinaron que en ciertas partes se podría hacer una simple zanja a nivel del suelo; en otras habría que edificar puentes para sortear las cañadas; y en unas más se abrirían túneles para hacer más corta la distancia, siempre que la dureza del terreno lo permitiera.

Don Francisco Fernández de la Cueva Enríquez, duque de Albuquerque y virrey de la Nueva España, concedió en marzo de 1706 permiso a la Compañía de Jesús para tomar agua del río del Oro, cuyo afluente se encontraba en un manantial del cerro de la Bufa.

La obra mayor fue librar la cañada localizada entre los cerros Huizache y Mirasol. Para ello se levantó una gran arcada de 60.75 metros de alto, desde el fondo de la cañada hasta su máxima altura, 350 metros de largo y un espesor

de cinco metros, para dar cabida al canal con capacidad de un buey de agua (un metro cúbico, aproximadamente). Se erigieron tres niveles de 51 arcos; de abajo hacia arriba: uno para la parte más baja, ocho para la parte media y 42 para la más alta. Todos fueron construidos con piedra y argamasa, aunque se dice que los trabajadores utilizaron clara de huevo para dar mayor solidez al conjunto.

La obra comenzó en 1706, proyectada por el reverendo Santiago Beristain Castaño y dirigida por Gonzalo Antonio González. A la primera parte se le conoce como Arcos del Sitio, antes acueducto de El Salto de Xalpa, por haberse construido en los terrenos de la hacienda del mismo nombre. En total son 39 arcos que alcanzan 60.75 metros de altura en el centro de una barranca.

Desde ahí sigue a nivel, sorteando la ladera del cerro Huizache, hasta la zona de túneles. En la primera sección, el hoyanco tiene una profundidad de cinco metros y cruza un gran techo hasta la salida al Arco Prieto, para el cual se volvió a construir un canal con piedra y argamasa. Arco Prieto está formado por cuatro arcos con cinco metros de espesor, 30 de altura y 50 de largo. El caño o canal tiene un cupo de un buey de agua. En la Sierra de Tepetzotlán hay tres puentes de cinco metros de alto: el del Gorrión, con tres arcos; el del Jilguero, con dos; y el del Paso del Carbonero, con uno.

El segundo túnel cruza parte de la loma de San Miguel hasta descargar en terrenos de Huehuetoca, donde, por otro techo, el agua escurre a nivel del suelo y es dirigida por una zanja hasta El Potrero. Desde ahí, nuevamente es llevada a través de un canal de mampostería que cruza el río Cuautitlán por un puente de 20 metros de alto, cinco de espesor y 60 de largo, formado por un arco central de 15 metros de luz y otros dos de cada lado, cada uno con un gran espacio oscuro. Un kilómetro adelante, llega finalmente al casco de la hacienda.

Los jesuitas continuaron la obra hasta su expulsión, en 1767. Después fue retomada por Pedro Romero de Terreros y concluida por su hijo, José María Ciriaco Romero de Terreros Trebueso y Dávalos. El 4 de noviembre de 1854 fue inaugurado el acueducto, con gran satisfacción para quienes vieron llegar el chorro de agua al casco de la hacienda por primera vez.



Arco Prieto, situado en las faldas de la Sierra de Tepetzotlán.



Arco Prieto. Vista panorámica de la cañada.



En la última lumbrera, a 50 metros del socavón o salida, la profundidad debe ser de cuatro metros.



Portal o salida del túnel en la loma de San Miguel Jagüeyes.



El acueducto, construido con piedra y argamasa, en El Potrero.



Arco principal en el cruce del río Cuautitlán.



Arcos de Guadalupe.

ÉPOCA POSREVOLUCIONARIA

En 1917, casi al triunfo del movimiento revolucionario, don Guillermo de Landa y Escandón, entonces dueño de la hacienda de Xalpa, se exilió voluntariamente en Francia. Su propiedad quedó en poder del gobierno, que repartió tierras a los ejidos de Huehuetoca, Coyotepec, Tepeji (Hidalgo), San Sebastián y San Juan Zitlaltepec. Parte de los terrenos fueron comprados por los hermanos Ortiz (San Miguel Jagüeyes), Ignacio Ortega (Quinta Isabel), Ignacio Gil (Santa Teresa) y Lucas González Tijerina (hacienda del Sitio).

Las aguas del acueducto fueron utilizadas en Huehuetoca, Coyotepec y Xalpa hasta 1940, en que las reclamó la comunidad de Magú, del municipio de Villa Nicolás Romero. Para llegar a los Arcos del Sitio, el acueducto atraviesa terrenos de dicha comunidad y sus propietarios lo expropiaron, con apoyo del gobierno federal, para regar sus tierras. Para tranquilizar a los ejidatarios de Xalpa el gobierno prometió hacer una presa en las faldas de la Sierra de Tepotztlán. Hasta 1974 comenzó la construcción de la presa de Peña Alta, que se terminó en 1975 y fue inaugurada por Luis Echeverría Álvarez en 1976.

Los ejidatarios de Huehuetoca y Coyotepec continúan aprovechando el agua de la presa de Cuevecillas, construida en 1906 por el propietario de la hacienda de Xalpa. En San Juan Zitlaltepec se valen de la laguna de Zumpango.

EL TAJO DE NOCHISTONGO

LOS MEXICAS FUNDARON TENOCHTITLÁN EN UN LAGO EN CUYO CENTRO HABÍA un águila parada sobre un nopal, devorando una serpiente. Al instalarse ampliaron los islotes y construyeron chinampas que seguían las fluctuaciones del nivel de agua, cada vez más elevado. En 1400 las construcciones adquirieron un carácter definitivo; el carrizo y los juncos fueron sustituidos por madera, adobe y piedra.

El Valle de México forma una cuenca cerrada. La salida de las aguas con que contaba probablemente se obstruyó con la aparición de los volcanes de la zona de Amecameca. El lago tenía un superficie superior a los mil 500 kilómetros cuadrados, que con el tiempo fueron disminuyendo.

En 1440, Moctezuma Ilhuicamina dictó medidas sanitarias en beneficio de su pueblo. Construyó un acueducto desde los manantiales de Chapultepec y ordenó la erección de un dique en el perímetro oriental de la ciudad para detener el desbordamiento de los lagos en la época de lluvias. Empero, en 1449 hubo una gran inundación que provocó severos daños. Moctezuma pidió consejo a su primo Nezahualcóyotl, rey de Texcoco, quien levantó un dique para prevenir inundaciones y dividir los lagos de Texcoco, de agua salada, y de Tenochtitlán, de agua apta para la agricultura. Esta obra, con una longitud de 16 kilómetros y 20 metros de ancho, fue construida con piedra y arcilla, con laterales de madera rolliza. Después, durante el reinado de Ahuizotl, se edificó un nuevo dique.

En 1489, debido a los temblores, se destruyó gran parte de lo hecho por Nezahualcóyotl y Ahuizotl, lo que provocó otra gran inundación en la que murió el segundo. Estas obras fueron reparadas por los mexicas, pero luego fueron destruidas durante el sitio de Tenochtitlán. Consumada la conquista, los españoles conservaron algunos canales principales, muchos de los cuales se encontraban anegados. Para levantar su ciudad tomaron la piedra de los diques, con lo que las inundaciones se volvieron aún más frecuentes.

En 1555 se construyó el dique de San Lázaro, con una extensión de 10 kilómetros, como una salida artificial para desecar los lagos. En 1556 se reparó la

obra de Ahuizotl y se presentaron dos proyectos para resolver el problema de las inundaciones: Ruy González sugirió encauzar el río Cuautitlán y construir diques en Zumpango, Xaltocan y San Cristóbal; Francisco Gudiel propuso el desagüe natural por Huehuetoca, con un desnivel máximo de 80 metros respecto a la planicie, así como el control de las aguas del Valle de México, con los canales necesarios para su navegación, idea que quedó archivada por considerarse imposible.

En 1579 hubo lluvias abundantes, por lo que en 1580 se padeció una nueva inundación. El arquitecto Claudio de Arciniega y el licenciado Rodrigo Sánchez de Obregón, corregidor de la ciudad, propusieron abrir un tajo o cañón de bóvedas en el cerro Cincoque y la loma de Nochistongo, en Huehuetoca, pero, pasado el peligro, el proyecto fue olvidado. Fue hasta 1607 cuando Luis de Velasco II, nombrado virrey ese mismo año, lo retomó luego de otra inundación.

El cosmógrafo alemán Enrich Martin propuso al virrey desaguar la laguna de Zumpango por el río Cuautitlán, a través de un túnel o socavón construido en Huehuetoca. El canal tendría una longitud de 25 mil varas por ocho de ancho y en su construcción serían empleados 15 mil indígenas durante seis meses. Un ingeniero de apellido Espinoza se opuso al proyecto alegando que se necesitarían de 60 a 70 mil indígenas para llevar a cabo la obra, pues habría que remplazarlos continuamente, ya que muchos enfermarían y otros morirían por el exceso de trabajo, que tendrían que realizar desnudos y a la intemperie.

El 23 de octubre de 1607, por real acuerdo, Luis de Velasco ordenó una segunda obra en las lagunas de San Cristóbal Ecatepec y Zitlaltepec. Los trabajos iniciaron el 28 de noviembre de 1607 y terminaron el 7 de mayo de 1608, un tiempo récord. En total fueron empleados 471 mil 154 jornaleros, cuyos alimentos fueron preparados por tres mil 556 mujeres.

Enrich Martin castellanizó su nombre, por lo que en las citas históricas aparece como Enrico Martínez. La dirección de la obra fue responsabilidad suya y del jesuita Juan Sánchez Vaquero, quien propuso realizar un tajo abierto desde la laguna de Zitlaltepec hasta Nochistongo, una distancia de cerca de ocho mil varas. Después seguiría un socavón o túnel, a cuya salida se continuaría con el tajo abierto hasta El Salto, donde desaguaba el río Tula.

Al iniciar la construcción del Tajo de Nochistongo todo el valle estaba poblado, pero la gente comenzó a huir porque era obligada a trabajar en la obra de desagüe, que costó la vida a muchos. La mortandad obedeció a los derrumbes que



Vista del Tajo de Nochistongo.

arrastraban a capitanes, albañiles e indígenas. Estos últimos eran bajados al fondo del socavón, amarrados por la cintura, y a veces quedaban sepultados. A eso se sumaban las grandes venidas de agua, que hacían imposible sacar a todos los que estaban perforando; los que no eran rescatados a tiempo eran arrastrados por las corrientes.

En 1614 el virrey Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar, recibió a Adrián Boot, comisionado por Felipe III para hacer una inspección. El 17 de noviembre del mismo año, acompañado por Enrico Martínez, Boot ordenó profundizar la obra y en 1616 se decidió continuarla a tajo abierto, como se había aconsejado en varias ocasiones, y además desaguar la laguna de San Cristóbal.

Posteriormente el nuevo virrey, Diego Carrillo de Mendoza, marqués de Gelves, quiso probar la utilidad del desagüe de Nochistongo. Ordenó suspender los trabajos y mandó a Enrico Martínez tapar el túnel y hacer entrar las aguas en el lago de Texcoco y en las lagunas de Zumpango y San Cristóbal, para ver si efectivamente el peligro era tan grande como se le había dicho. Así lo dispuso el 27 de marzo de 1623, al desembarcar en Xalapa, y lo confirmó en la ciudad de México el 29 de abril.

Los siguientes años el temporal fue benigno, pero en 1626, durante el virreinato de Rodrigo Pacheco y Osorio, marqués de Cerralbo, comenzaron a arreciar las lluvias y se hizo inminente el desastre. Las corrientes eran tan fuertes que en 1627 se abrió un portillo en el dique que servía de reposo. Las aguas entraron a la laguna de Zumpango y de ésta a la de San Cristóbal, provocando una gran inundación en la ciudad de México. En noviembre de ese año las calles Santo Domingo y San Agustín seguían anegadas. En 1628 se le encomendó al cabildo reiniciar las obras de desagüe. El marqués de Cerralbo

dispuso también levantar una vara más las barreras de San Cristóbal Ecatepec, Mexicaltzingo y San Antonio.

El 21 de septiembre de 1629 un aguacero que duró 36 horas ocasionó que el nivel del agua alcanzara dos varas de altura en la zona de la catedral. Todas las casas bajas quedaron inútiles, pero la mayor pérdida fue para los indígenas, cuyas sencillas viviendas fueron arrastradas. Muchos habitantes de la ciudad huyeron hacia Puebla y Veracruz. El tránsito por las calles se hacía en canoas y las misas se celebraban en los balcones y techos. Los templos, juzgados y comercios fueron cerrados. La inundación duró hasta noviembre de 1629. El único lugar que se encontraba por arriba del nivel del agua era el centro de la ciudad, del que se habían adueñado los animales, por lo que se le llamó Isla de los Perros.

El arzobispo de México, monseñor Francisco Manzo y Zúñiga, salía todos los días en una canoa a visitar las casas pobres, llevando tras de sí otra canoa cargada con pan, carne, maíz y frijol que repartía entre los menesterosos. El 24 de septiembre, en un hecho inusitado, hizo a su sacristán llevar la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, con numeroso acompañamiento. En abril de 1630 el nivel de las aguas descendió y se creyó posible realizar la procesión de Corpus Christi por la ruta de costumbre, pero la víspera llovió torrencialmente, la ciudad se inundó otra vez y el festejo fue suspendido.

El desagüe fue reiniciado y en 1632 se dio por concluido, a costa de la vida de muchísimos indígenas, españoles y mestizos. Huehuetoca y sus alrededores quedaron desiertos. Todos habían fincado sus esperanzas en la obra, pero cuando se precipitaron las lluvias fue evidente que el conducto era estrecho para conducir el cúmulo de agua. La depresión que sufrió Enrico Martínez por este fracaso, cuando esperaba el premio por su labor, fue tan severa que falleció en Cuautitlán en 1632. En 1634 un sismo abrió enormes grietas que permitieron el flujo del agua, lo que se consideró un milagro de la virgen de Guadalupe.

Fue tanta la mortandad provocada por esta construcción, que el 14 de enero de 1635 Juan Figueroa, pagador de la obra real del desagüe, realizó una colecta entre los trabajadores y vecinos de Huehuetoca para erigir una capilla en honor de los fallecidos, dedicada al Santísimo Sacramento.

El 11 de julio de 1636 el virrey comisionó a Fernando de Cepeda y a Fernando Carrillo para rendir un informe sobre el estado del drenaje, mismo que fue entregado en enero de 1637. Dado que el costo para terminar la obra se calculaba en

dos millones 900 mil 64 pesos, se pensó en la posibilidad de trasladar la ciudad a otro sitio. El 7 de abril del mismo año, no obstante, se optó por continuar.

Las obras, casi suspendidas en los años de sequía, sólo se aceleraban cuando la amenaza de inundación era inminente. En 1675 los trabajos se dieron por concluidos y el virrey visitó Huehuetoca el 4 de julio para corroborarlo. En 1686 el virrey Melchor Portocarrero, conde de la Monclova, hizo una nueva visita y notó deficiencias. El 6 de febrero de 1687 hizo otra inspección y ordenó al fiscal Pedro Labastida seguir adelante.

Los trabajos se reiniciaron, pero las opiniones estaban divididas y se observaba irresolución por parte de los gobernantes, lo que aumentaba el peligro en vez de alejarlo. Además, los costos se elevaron porque el virrey cobraba tres mil pesos por cada visita que hacía al desagüe, pues el viaje era incómodo: comenzaba en el embarcadero situado cerca de la casa virreinal, en la laguna de Ecatepec, continuaba hasta la de Zumpango, luego a los márgenes del río Cuautitlán y de allí al Tajo de Nochistongo. En 1691 se destinaron los impuestos por la venta de vino y carne para continuar la obra.

En 1742 los arquitectos Lorenzo y Antonio Rodríguez fueron comisionados para construir una casa para alojar a los virreyes durante sus visitas. El edificio quedó ubicado en el lado oriente del Camino Real, a 100 metros del río Cuautitlán, donde solía hacerse el desembarco. La fachada de la llamada Casa de los Virreyes consta de nueve arcos de medio punto, labrados sobre columnas formadas por dos o tres tramos de cantera bien cortada, capaces de resistir una carga estimada de 30 toneladas, rematadas con dos torrecillas en las esquinas norte y sur. La entrada principal consta de un zaguán, a cuyos lados se encuentran cuatro ventanales decorados con rejas de hierro forjado.

En los siglos XVII y XVIII, la Casa de los Virreyes fue ampliada hasta que ocupó una manzana completa. En 1975 conservaba su arquitectura original y se planteó convertirla en museo, pero los dueños se ampararon para impedirlo; no obstante, en 1977 las autoridades permitieron su modificación.

Una vez concluida la residencia, cada virrey en turno adquirió la costumbre de ir a la obra los fines de semana, cobrando los consabidos tres mil pesos en cada ocasión. En 1749 el ingeniero militar Ildefonso de Iniesta Bejarano fue nombrado maestro de las obras del drenaje real de Huehuetoca. El proyecto se volvió incosteable y cada vez se solicitaban más fondos para continuarlo.

En 1767 Carlos Francisco de Croix, en medio de la agitación por la expulsión de los jesuitas, quitó la dirección de los trabajos a los franciscanos, más interesados en administrar las posesiones de la Compañía de Jesús. Alexander von Humboldt, naturalista y explorador alemán, visitó la obra el 11 de abril de 1803, con el virrey José de Iturrigaray, y quedó admirado por su magnitud.

Se estima que Enrico Martínez removió en un año 890 mil metros cúbicos de tierra para construir el socavón y el tajo original, con la fuerza de 60 mil hombres. En los 230 años siguientes se removieron más de 16 millones de metros cúbicos de tierra, pero en condiciones menos propicias. Durante el movimiento de Independencia, el desagüe en Huehuetoca fue suspendido totalmente.

En 1827 la obra fue concesionada a empresas extranjeras. El representante británico George Ward consideró que el ruinoso estado del tajo demandaba reparaciones inmediatas. Señaló que muchos miles de nativos perecieron antes de que se completara el desagüe, y a su pérdida, tanto como a las penalidades soportadas por los sobrevivientes, se podría atribuir el temor con que sus descendientes pronunciaban el nombre de Huehuetoca. Los trabajos continuaron en forma irregular hasta 1840, cuando se controlaron los derrumbes y los efectos de la erosión.

En la época de Benito Juárez el Tajo de Nochistongo llegó hasta San Lázaro, pero con la construcción del túnel de Tequixquiac se perdió interés en la obra y fue suspendida. El gobierno del general Porfirio Díaz la retomó cuando fue necesario tender las vías del ferrocarril hacia Ciudad Juárez. Para esta etapa se obligó a todos los presos, tanto del orden común como de tipo político, a trabajar a cambio de su libertad y de la promesa de tierras, sin percibir salario.

En el muro occidental del tajo se construyó un túnel de tres metros de alto, cuatro de ancho y 100 de profundidad. Ahí se guardaba el equipo de trabajo para no subirlo a las alturas por la noche ni hacer la maniobra contraria por las mañanas, pues las venidas de agua eran intensas y arrastraban todo. Arriba, en las márgenes del canal, del lado occidental, se levantó un presidio donde eran reclusos los reos al terminar la faena. El local era reducido y el hacinamiento detonó la promiscuidad.

El 22 de marzo de 1884 se inauguró el ferrocarril México-Ciudad Juárez, pero las obras de protección y ampliación duraron muchos años más. En 1920 dieron por concluida la vía y se dejó en libertad a los presos. Algunos decidieron quedarse en La Cañada, donde recibieron tierras, como se les había prometido.

Los terrenos pertenecían a Huehuetoca y fueron restituidos con una nueva expropiación a las haciendas de Xalpa, La Guiñada y San Sebastián.



Lugar que se sigue conociendo como El Presidio, por haber estado ahí el penal para los reos políticos del porfiriato, obligados a trabajar en el Tajo de Nochistongo.

Como aún existía el peligro de derrumbes, en la estación de Nochistongo una guardia permanente avisaba por telégrafo de cualquier eventualidad y, en su caso, suspendía las corridas y enviaba hombres a limpiar las vías. Las cuadrillas permanecían en Huehuetoca, donde además de asistir a las llamadas de auxilio se dedicaban al mantenimiento del campamento.



Tajo de Nochistongo, puente Guadalupe.



Tajo de Nochistongo, puente El Calvario.



Tajo de Nochistongo, puente El Nopal. Arriba, a la derecha, la caseta de aforo.



Tajo de Nochistongo a la altura del centro de Huehuetoca.



Otra vista del Tajo de Nochistongo. Restos del puente de Santa Elena.



Restos del puente de la Esperanza, obra de ingeniería admirada en todo el mundo.



Cañada que sirve de afluente al Tajo de Nochistongo. Al fondo, el cerro Cinco.



Parte del túnel lateral construido para guardar las herramientas.



El caudal es abundante y los derrumbes se siguen presentando, por lo que es necesario el desazolve frecuente.



Otra vista del caudal.



Carretera Jorobas-Tula. Puente construido para librar el Tajo de Nochistongo.



En las vías del ferrocarril ya no existe peligro de derrumbes.



Los pasajeros del ferrocarril observan sólo un accidente natural porque es difícil apreciar el fondo del Tajo de Nochistongo.

PORTAL DEL TAJO DE NOCHISTONGO AL RÍO TULA



Canal del sur, que lleva las aguas a Tlahuelilpan, Hidalgo.



Portal de salida del Tajo de Nochistongo en El Salto, Hidalgo.



Al final del portal se forma una cascada que descarga en dos canales.



Canal del norte, que lleva las aguas a Tula, Hidalgo.

HACIENDA LA GUIÑADA
O GUADALUPE

LA HACIENDA LA GUIÑADA FORMABA PARTE DE XALPA CUANDO FUE COMPRADA por Emilio Echenique, quien construyó el casco a finales del siglo XIX. Tenía una extensión de mil 229 hectáreas; había 35 áreas y 10 centiáreas de lomas pedregosas, con una pequeña parte para labor y pastizales. Se encontraba a unos 950 metros del lindero con Huehuetoca. Del lado noroeste se entraba por el Tajo de Nochistongo.



Fachada de la hacienda La Guiñada o Guadalupe.

El 18 de agosto de 1913 fue atacada por tropas zapatistas, pero no pudieron tomarla. El 24 de junio de 1924, cuando la propietaria era María Trinidad Rendón Echenique, se le expropiaron 71 hectáreas en beneficio de los ejidatarios de Huehuetoca. El 21 de marzo de 1929, el gobierno federal le quitó 405 hectáreas más para ampliar Huehuetoca, por resolución del 25 de enero de 1926.

En 1930 la hacienda fue adquirida por Manuel Prieto. Los terrenos eran cultivados por oriundos de Huehuetoca que se decían medieros, pues entregaban la mitad de sus cosechas de maguey.

Manuel Prieto era un hombre bohemio que organizaba fiestas los fines de semana, a las cuales invitaba a gente rica de la ciudad de México que iba a



Casa principal de la hacienda La Guiñada.



Otra vista de la casa principal. Al fondo, el cerro Cincoque.

divertirse y a tomar pulque. Don Manuel tuvo la ocurrencia de mandar hacer varios pergaminos en los que se señalaban supuestos tesoros ocultos en el casco. Como se decía altruista, visitaba los conventos, hacía numerosos obsequios y de paso dejaba un pergamino. Las madres superiores no tardaron en mencionar el asunto a otros de sus benefactores y la codicia entró en ellos, así que iban a la hacienda a buscar los tesoros.

Prieto los recibía como huéspedes distinguidos y les ofrecía la mejor de sus recámaras. Por la noche ordenaba a sus trabajadores golpear con una resortera una campana que siempre estaba cerca de donde dormían los visitantes. Cuando se asomaban y no veían a nadie, se les decía que eran espíritus que deseaban señalarles dónde estaba oculto el tesoro. Otros empleados anudaban cadenas y, con una larga reata, las jalaban. Al escuchar el ruido, asomarse y no ver a nadie, muchos asumían la presencia de ánimas benditas. Varios incautos cayeron en este juego y ofrecieron a don Manuel grandes cantidades de dinero a cambio de que les permitiera buscar algún tesoro.

La hacienda fue adquirida por José Lugo Guerrero, quien la convirtió en una de las principales productoras de leche, la segunda después de Xalpa. Asimismo, continuó con la tradición del pulque. Lugo Guerrero y su esposa, María Luisa Gil Ortega, dieron un trato preferencial a sus trabajadores. Construyeron una ranchería para proveerlos de vivienda y les procuraban servicio médico.



Parte de las caballerizas, que aún existen.

Don José nació en Huichapan, Hidalgo, en 1899. En 1915 se incorporó a la Revolución. Fue miembro de la escolta de Venustiano Carranza y su jefe militar fue el general Lázaro Cárdenas. Ocupó el cargo de gobernador interino de Hidalgo en febrero de 1926; fue presidente municipal de Huichapan de 1930 a 1931; diputado local durante el periodo 1932-1934; y gobernador de Hidalgo entre 1941 y 1945. A partir de esta fecha fijó su residencia en Tacuba, Distrito Federal, pero siguió trabajando por su estado como consejero de los gobernadores en turno. En 1943 compró La Guiñada o Guadalupe, que visitaba cada fin de semana o durante vacaciones, en compañía de su esposa y sus hijos José Alfredo, Humberto Alejandro, Margarita e Isabel. Falleció en la ciudad de México en 1988 y sus restos fueron trasladados a su natal Huichapan. Cada 21 de marzo se le rinde un homenaje al que asisten las autoridades y, desde luego, sus paisanos.

En Huehuetoca siempre cooperó para las obras de beneficio colectivo, como la electrificación y la construcción de caminos y escuelas. En el barrio de Santiago Tlaltepoxco, al que dotó del material necesario, se construyó una primaria que lleva el nombre de su padre, Fernando Lugo. Como devotos de la virgen de Guadalupe, los Lugo Gil aprovechaban la fiesta del 12 de diciembre de cada año para que los hijos de sus trabajadores hicieran la primera comunión. La señora María Luisa se encargaba de que los niños recibieran el ajuar necesario, así como un desayuno.

La Guiñada fue propiedad de la familia Lugo Gil durante varios años. Don José fue sucedido, de manera natural, por su hijo José Alfredo Lugo Gil, quien nació en Huichapan, Hidalgo, el 2 de mayo de 1930. Abogado por la UNAM, José



El matrimonio Lugo Gil durante una primera comunión. Los acompaña el padre Santiago Santana, fallecido en Huehuetoca.

Alfredo fue diputado federal (1966-1968); jefe de Reglamentos con el regente del Distrito Federal Alfonso Corona del Rosal (1969-1970); director de Reglamentos en Hidalgo (1975-1976 y 1978-1981), con el gobernador Jorge Rojo Lugo; y presidente municipal de Huichapan (1997-2000). A la muerte de su madre, se retiró de la política y se dedicó a atender La Guiñada. Falleció en la ciudad de México el 21 de octubre de 2003.

En 1995 La Guiñada fue comprada por los socios de Zapata y Cía. Todo el personal fue despedido y quedó como zona no productiva. En el año 2000 los terrenos fueron rentados a Hugo Lozano, prominente empresario que comenzó a utilizar nuevas técnicas de cultivo (labranza de conservación, cero labranza o botón de camisa), con semillas mejoradas de maíz híbrido, frijol y cebada. En 2003 hubo una excelente temporada de lluvias que permitió a Lozano cosechar 14 toneladas de maíz por hectárea. Por ello, el entonces presidente Vicente Fox Quezada lo premió con un tractor y maquinaria.

LA RELIGIÓN EN HUEHUETOCA

CON HERNÁN CORTÉS DESEMBARCARON II FRANCISCANOS Y UN MERCEDARIO llamado Bartolomé de Olmedo; dos de ellos fallecieron en la guerra de conquista y 10 regresaron enriquecidos a España.

Los mercedarios eran frailes de la Orden de Santa María de la Merced, fundada en 1218 por Pedro Nolasco. La orden, de carácter militar en sus orígenes, tenía la misión de rescatar esclavos católicos en los países musulmanes. A partir del Concilio Vaticano II asumió la tarea de combatir las nuevas formas sociales, económicas y políticas de esclavitud. En 1530 la orden se instaló en México. En 1538 los mercedarios fundaron un convento en Chiapas; en 1589, otro en Puebla; en 1539 crearon el primer colegio en la ciudad de México, donde también construyeron la iglesia y claustro de la Merced, de 1630 a 1654.

Al establecerse el sistema de encomiendas, las órdenes religiosas fueron incluidas en el reparto de tierras: los franciscanos recibieron 10 mil hectáreas con 70 monasterios y 45 mil 550 indígenas; los agustinos 77 monasterios con siete mil 400 indígenas; los dominicos 60 monasterios con 20 mil 200 indígenas.

Los padres obligaban a las indígenas de las encomiendas a hilar y tejer, y si estaban amancebadas las golpeaban y castigaban por eso. Además, tenían mujeres a su disposición en las cocinas y para toda clase de usos, a las que mantenían encerradas en calidad de depositadas. Los curas aprovechaban para juntar niñas de 10 años, a las que enclaustraban hasta los 20 e incluso hasta los 40, para hacerlas trabajar.

Los dominicos se distinguieron por su crueldad con los indígenas. Por ejemplo, los obligaban a sujetar a sus hijos pequeños, desnudos, mientras los azotaban, y los mantenían encerrados a pesar de que las leyes lo prohibían. El total de naturales que pasaron a la esclavitud se calcula en tres millones.

Al instalarse la Santa Inquisición en la Nueva España, los padres se portaron más exigentes. El primer inquisidor fue fray Juan de Zumárraga, nombrado por Alonso Manrique, inquisidor general de España, el 27 de junio de 1535. El primer

hombre quemado vivo fue un texcocano posible nieto de Nezahualcóyotl. El sistema fue criticado por algunas órdenes religiosas, pero fue hasta 1542 cuando la corona, preocupada por el genocidio que se estaba perpetrando en la Nueva España, dictó las Leyes de Indias para proteger a los indígenas, pero nunca se cumplieron.

En 1542 terminaron las encomiendas pero continuó la esclavitud. En 1570, 38 franciscanos conservaban como tributarios a 45 mil indígenas; 30 dominicos dominaban a 20 mil indígenas; nueve agustinos a siete mil; y nueve curas independientes tenían 22 mil tributarios.

Los religiosos españoles se convirtieron en amos y señores absolutos tanto de lo espiritual como de lo temporal. Para llevar a cabo la pacificación e imposición del nuevo orden concedieron tierras a los indígenas importantes, que debían cumplir muchas condiciones. Por ejemplo, estaban obligados a abrazar la fe cristiana; sus pueblos debían entregar 10% de sus habitantes a los españoles; tenían que implantar nuevos cultivos para proveer de comida hispana a los conquistadores y eran obligados a construir casas a todos los españoles. Asimismo, tenían prohibido explotar el subsuelo, que era trabajo exclusivo de los europeos, y no podían vestir ni cortarse el pelo como ellos. Además, los niños indígenas eran separados de sus padres para evitar la idolatría, y se destruyó toda su organización con el exterminio de los sacerdotes, jefes militares y caciques que se negaron a colaborar con la evangelización. Los indígenas que gozaban de mercedes de tierra también debían criar una docena de gallinas y seis guajolotes para surtir de carne y huevos a los españoles.

En los siglos XVI y XVII, los 35 jesuitas del Colegio de San Francisco Javier, con sede en Tepotzotlán, contaban con la mano de obra de 45 mil 500 indígenas con los que lograron poblar el paisaje mexicano con parroquias, capillas, monasterios, acueductos y haciendas, entre ellas la de Xalpa.

En Teoloyucan, pueblo que no estaba sujeto a Cuautitlán ni a Huehuetoca, nacido de la desecación de la laguna de Zitlaltepec, sus habitantes, que eran muy creyentes, construyeron bajo la dirección de los jesuitas la parroquia de San Antonio, en el centro, y una capilla en el barrio de Cuaxoxoca.

En Huehuetoca también se construyeron capillas en el barrio de San Bartolo, que contaba con su cementerio, en Santa María, en San Miguel Jagüeyes y en

Santiago Tlaltepoxco, cuyo terreno era tan grande como el de Huehuetoca y tenía también un cementerio.

La primera referencia sobre Huehuetoca se da a propósito de los bautizos registrados el 10 de mayo de 1590. A partir de esta fecha se celebraron misas todos los domingos y durante Semana Santa.

Para 1635 ya existía una pequeña capilla en Huehuetoca, que también se utilizaba como sala de cabildos. El edificio consagrado al Santísimo Sacramento fue construido, como se indicó páginas atrás, gracias a una colecta hecha por Juan Figueroa, pagador de la obra de desagüe de la ciudad de México, en honor a todas las vidas perdidas durante la realización del Tajo de Nochistongo. El 16 de marzo de 1654 se decidió llamarla parroquia de San Pedro y San Pablo.

En 1720 Antonio Cano, mayordomo de Santiago Tlaltepoxco, dio cuenta de la destrucción de la capilla del poblado y aseguró que la imagen de Nuestra Señora de la Asunción había sido llevada a Tepeji del Río, por lo que solicitó autorización para recuperarla, remozarla y construir un nuevo templo para colocarla.

El 3 de mayo de 1733, Lorenzo de los Ángeles solicitó al virrey permiso para formar la Hermandad de las Benditas Ánimas, mismo que le fue concedido. Tomás de la Torre y Santiago de la Cruz fueron elegidos mayordomo y diputado, respectivamente.

En 1746, el cura Joseph Antonio Morales se dio a la tarea de edificar un nuevo templo porque el que había estaba muy deteriorado. La construcción sólo contaba con la bóveda del presbiterio, dos bóvedas de cañón y los medios puntos y lunetas. El padre también hizo una sacristía para colocar al Divino Sacramento.

El 15 de noviembre de 1784 se promulgó una ley para regular el tamaño de los santuarios, pues algunos eran trazados excesivamente grandes.

Para el 17 de junio de 1808 las obras de la parroquia estaban atrasadas, por lo que la Iglesia concedió, en un edicto, 80 días de indulgencias a todos los que contribuyeran con su trabajo. Al templo le fueron añadidas la portada y otras dos puertas, una para el baptisterio y capilla de ánimas, y la otra, adornada con un retablo, daba al púlpito elaborado en hueso. También se instalaron dos pilas de cantera: una como aguamanil y la otra para el agua bendita.

El 8 de septiembre de 1850 ya estaban concluidos los arcos que soportan las cinco bóvedas. Como era preciso continuar con la cúpula, se dispuso vender la plata existente, parte de la cual se quedó el señor Luis de la Parra, quien ofreció

pagar un peso por cada onza. El resto fue enviado a la ciudad de México para ser vendida por el propio De la Parra, que aceptó esa comisión y debía, además, comprar piezas de latón para que en la iglesia se pudieran efectuar las celebraciones.

Con miras a seguir la construcción fueron protegidos los laterales y las imágenes. En el mismo año de 1850, la Iglesia concedió 120 días de indulgencias por cada oración que se rezara en la parroquia de San Pedro y San Pablo. El 20 de julio de 1856 fueron repuestas las campanas, que costaron 410 pesos con 1.2 reales.

El 22 de octubre de 1856, Joaquín Primo de Rivera, secretario de la Cámara y Gobierno del arzobispo de México, ordenó entregar tierras del ayuntamiento que estaban destinadas al culto. Además, fueron reconocidas las donaciones de dos terrenos propiedad de Alonso Velázquez, que habían sido hipotecados a don Juan de Palafox en 1758, y luego regalados a la capellanía.

El 19 de junio de 1858 un temblor dañó la parroquia de San Pedro y San Pablo, por lo que el 1 de agosto del mismo año se le pagó al arquitecto Antonio Balero la cantidad de tres mil 500 pesos para que hiciera las reparaciones.

El 19 de septiembre de 1860, el señor De la Parra informó que la venta de los objetos de plata generó 806 pesos. El costo de las piezas de latón para el servicio de la iglesia fue de 78 pesos y, luego de descontar otros gastos, quedaron para la obra 708 pesos con tres cuartos de real.

Don Joaquín Primo de Rivera fue a bendecir la primera piedra de ambos lados del crucero, así como la ampliación de la parroquia. Esta parte de la obra fue concluida el 22 de mayo de 1862. En la parroquia se guardaban todos los documentos religiosos y judiciales. El primer juicio importante fue celebrado el 8 de octubre de 1850.

La iglesia de San Pedro y San Pablo en Huehuetoca, de medianas proporciones, consta de una nave principal y bóveda de cañón con grandes ventanales rectangulares. Encima del crucero se construyó la cúpula de silueta parabólica, en gajo, sobre tambor octagonal con ocho ventanas de arco rebajado. Sobre el muro de la entrada, en las esquinas, hay dos torres de un solo cuerpo cúbico con cuatro ventanas camperas y un remate como chapitel, que sigue la forma tradicional de la región de Tepetzotlán. La portada es de estilo churrigüesco. La puerta principal es de arco de medio punto con sencilla arquivolta y, a nivel del coro, se abre un cuello poligonal. Frente al atrio se dejó libre un terreno amplio para el cementerio.

En 1859 la parroquia fue reconstruida y se le añadieron dos torres y un toque barroco a la fachada. El atrio aún conserva las cuatro capillas donde se instruyó en el catecismo a los naturales.



Al fondo, la parroquia de San Pedro y San Pablo.



Eusebio Quintana Rodríguez fue párroco en Huehuetoca durante ocho años (1959-1967). La fotografía es de 1960.



Capilla de Guadalupe.



Restos de la capilla de Santa María Virgen.



Cruz atrial de la capilla de San Miguel Arcángel.



Capilla de Ejido de Xalpa, 1975.

CELEBRACIÓN DE LA SEMANA SANTA EN HUEHUETOCA

Hasta 1950 la representación del viacrucis de Semana Santa sólo estaba permitida en el atrio de la iglesia, pues era tan poca la población que los asistentes cabían perfectamente. Con el paso del tiempo, la celebración fue cobrando mayor importancia y Huehuetoca era visitado por fieles de otros pueblos, así que en la década de los sesenta se permitió hacer la procesión por la calle principal.

La fiesta comienza con la velación de la imagen de Nuestro Señor Jesucristo, el miércoles por la noche. El jueves por la tarde se celebra el lavado de pies a los apóstoles y la última cena. El viernes se representan las tres caídas, la crucifixión, el descenso de la cruz y la sepultura de Jesucristo; por la tarde se cuelga a Judas Iscariote y el sábado a las 10 de la noche se quema un juguete de cartón con su imagen, lo que representa la destrucción del pecado. El mismo sábado se realiza



Capilla de El Calvario, año 2000.

también el rito de la bendición del fuego nuevo y la resurrección, que significa el triunfo de Jesús sobre la muerte.

El rey Carlos V de España donó a Huehuetoca todas las santas imágenes necesarias para la celebración de la Pasión de Jesucristo, con el fin de que se predicara con detalle el evangelio. El obsequio más importante fue la figura de Nuestro Padre Jesús Resucitado, que se venera en la parroquia de Huehuetoca y llegó a este lugar en 1545.

En la época de las obras del desagüe real creció el culto de la santa figura, sin distinción de clases o categorías. Cuando los trabajadores se accidentaban, desde su cama del hospital en Huehuetoca imploraban a Jesús por su recuperación. Era tal la devoción que todos los días, antes de iniciar labores, se oficiaban misas para implorar su protección. El Domingo de Resurrección se lleva a cabo una magna procesión con esta figura de Cristo vestido de blanco y con un resplandor nuevo, acompañado de música de fiesta por haber vuelto a la vida.



Señor de la Humildad.



San Ramón.



Capilla de San Bartolo.

ESPLENDOR Y OCASO
FERROCARRILERO

BENITO JUÁREZ AUTORIZÓ LA CONSTRUCCIÓN DE FERROCARRILES EN MÉXICO. Por Huehuetoca pasan las vías México-Guadalajara y México-Laredo. La primera fue inaugurada el 22 de marzo de 1847, con una longitud de mil 970 kilómetros. En el kilómetro 48, a dos mil 262 metros sobre el nivel del mar, se construyó la estación de parada con una central telegráfica, una sala de espera, una bodega para carga menor y otra para maquinaria y ganado, así como con un andén para las maniobras. Se perforó también un pozo profundo equipado con una bomba de vapor para extraer y llevar agua a un tanque elevado, instalado a un lado de la vía, para abastecer las máquinas.

La línea México-Laredo fue inaugurada el 1 de noviembre de 1888, con una longitud de mil 300 kilómetros; primero fue una vía angosta y en 1903 la convirtieron en ancha. Las instalaciones de la estación de parada eran iguales a las de la México-Guadalajara.

Existía una vía central y una de cambio para sacar los trenes y permitir el paso libre a la central. Varias líneas de rieles se colocaron a los lados para instalar los carros de carga que servían como vivienda a los trabajadores, que debían estar pendientes ante cualquier emergencia. Éstos contaban con una bodega a nivel de la vía para guardar sus herramientas.

Sebastián Lerdo de Tejada dejó 640 kilómetros de vías férreas, cuya construcción se intensificó durante el porfiriato, cuando las empresas recibieron estímulos de hasta mil pesos por cada kilómetro que instalaran.

Gracias al ferrocarril las poblaciones crecieron. Este medio de transporte redujo los precios del algodón y de otros cultivos industriales, como el azúcar y el henequén. La minería sextuplicó su producción de hierro y cobre, metal que permitió a Cananea pasar de ser una ranchería de 100 habitantes a una ciudad de 10 mil.

En 1910 se inauguró el tren México-Huehuetoca para el traslado de productos alimenticios, combustible y material para construcción. Se le conocía como *La Burrita* y llegaba a las cuatro de la tarde. Para abrirle paso se construyó la llamada

Y Griega entre Xalpa y Huehuetoca. Al salir de la vía central, iba de frente hacia el oriente, retrocedía hacia el poniente y retomaba la vía un poco más adelante. Luego paraba en la estación de Nochistongo para cargar los productos de las haciendas La Guiñada y Montero: pulque, borregos, chivos, reses y caballos. Al terminar regresaba a la estación de Huehuetoca, desde donde se enviaba carne, leche, pulque, carbón vegetal, leña y madera.



Los ferrocarriles modificaron la vida social, política y económica de Huehuetoca.

Además de los carros de carga llevaba otros para pasajeros. De Landa y Escandón, propietario de la hacienda de Xalpa y gobernador del Distrito Federal, acostumbraba utilizarlo. Cuando anunciaba su visita, que generalmente hacía en compañía de familiares y amigos, los habitantes de Huehuetoca le organizaban una magna recepción. El licenciado descendía en la Y Griega, localizada a 200 metros del casco de su finca. Cuando Porfirio Díaz lo acompañaba, ordenaba traer música de cámara para que la visita de su amigo fuera agradable.

En 1897 Huehuetoca tenía tres mil habitantes. Con el tendido de las vías, la construcción de las estaciones y la formación de campamentos de trabajadores, creció a 10 mil 200 pobladores. Productos como el maíz, el frijol, la calabaza, las verduras e incluso los nopales tenían gran demanda. El pulque era la única bebida alcohólica que se procesaba y era muy estimada. La leche que se producía en los pequeños ranchos y establos familiares resultaba insuficiente. Los sábados, día de tianguis, se consumían hasta 50 borregos en barbacoa. También se comía bastante

carne de res. Los campamentos carecían de patio para criar animales, por lo que huevos, pollos y gallinas eran comprados en el mercado local.

La empresa ofrecía a sus trabajadores letrinas colectivas, agua y luz, pero no regaderas. La falta de higiene disparó la mortalidad infantil, a causa de las diarreas. La mujeres peligraban durante los partos, auxiliadas por parteras empíricas. Fue hasta 1965, cuando llegó el médico Ildefonso Ramírez Gil, que los partos empezaron a ser atendidos sanitariamente. Las boticas y comercios progresaban a pesar de que elevaban el precio de sus productos. Tanto los habitantes originarios del pueblo como los venidos de otras partes eran muy católicos, así que los edificios religiosos aumentaron o fueron remozados.

Entre los ferrocarrileros oriundos de Huehuetoca sobresalió Concepción Alonso Olguín, nacido en el barrio de Puente Grande el 8 de diciembre de 1904. Ingresó a Ferrocarriles Nacionales de México (FNM) en Guerrero, y a los 33 años de edad fue trasladado a Tlalnepantla como trabajador de vías en la sección Huehuetoca, donde permaneció hasta su jubilación. Falleció el 15 de noviembre de 1995. Concepción Alonso logró la electrificación de San Bartolo en 1974, así como la construcción de la avenida Lázaro Cárdenas, la cual tenía que cruzar las vías del ferrocarril. Para hacer este cruce, situado en el kilómetro 47, tuvo que vencer la oposición de Andrés Caso Lombardo, secretario ejecutivo de la Comisión Técnica de Vías Generales de Comunicación. Con el apoyo del ayuntamiento presidido por Ildefonso Ramírez Gil (1973-1975) y de la comunidad en general, cumplió su cometido. Esta obra permitió reducir el trayecto desde San Bartolo hasta el centro de Huehuetoca.

FERROCARRILES MEXICANOS EN LIQUIDACIÓN

Para proteger los derechos de los ferrocarrileros se aplicó una fórmula heterodoxa. Se trataba de una institución pública cuyas relaciones laborales eran intocables, como si se tratara de una empresa privada sujeta al artículo 123 constitucional y a sus leyes secundarias. En mayo de 1938, Lázaro Cárdenas del Río entregó la administración de los ferrocarriles a los trabajadores, con la certidumbre de que conocían el servicio, su complejidad, y eran conscientes del necesario progreso del país. Esto terminó con Manuel Ávila Camacho, quien, al asumir la presidencia

en diciembre de 1940, revocó de inmediato la gestión de los trabajadores y creó un organismo público descentralizado para hacerse cargo del sistema ferroviario, nuevamente conocido como Ferrocarriles Nacionales de México.

El 28 de marzo de 1959, el Estado reprimió brutalmente el movimiento sindical que desde 1958 organizaban los ferrocarrileros de la república. El secretario general del sindicato, Demetrio Vallejo Martínez, sus principales colaboradores y tres mil trabajadores fueron encarcelados ese día, si bien la mayoría recuperó su libertad poco después. Nueve mil ferrocarrileros perdieron su empleo. De esta forma, el gobierno de Adolfo López Mateos puso fin a un poderoso movimiento obrero que buscaba democratizar la vida sindical y mejores condiciones de vida para los trabajadores.

En 1948, los líderes que defendían su independencia, encabezados por Valentín Campa, fueron encarcelados, quedando al frente del gremio Jesús Díaz de León, *el Charro* (de donde derivó la palabra “charrismo” para referirse a los sindicatos apoyados por el gobierno). El control ejercido por el Estado aún no era definitivo, por lo que en 1958 telegrafistas, maestros, petroleros, médicos y ferrocarrileros iniciaron un movimiento en demanda de independencia sindical



Estación central de la vía México-Guadalajara en la década de los cincuenta.

y un aumento salarial. La dirección nacional del sindicato ferrocarrilero trató de sofocar la rebelión, pero las bases la rebasaron y Demetrio Vallejo, cabeza del movimiento y antiguo partidario de Valentín Campa, fue elevado por aclamación a la secretaría general. Empero, tanto Vallejo como el comunista Campa permanecieron más de 11 años en la cárcel, acusados de delitos inexistentes o inflados.

El tiro de gracia para la clase trabajadora lo dio Ernesto Zedillo Ponce de León (1994-2000), que vendió los ferrocarriles mexicanos a empresas extranjeras, con toda la infraestructura recién reparada.

En 1940 las máquinas de vapor empezaron a ser sustituidas. Algunas estaban en buenas condiciones, pero la corrupción de los directores, que obtuvieron grandes beneficios con el cambio a máquinas de combustión por diésel, provocó que fueran desapareciendo del paisaje mexicano. Se construyó entonces un campo para la chatarra, que ocupaba 120 metros cuadrados, entre las estaciones nacional y central, con una espuela de entrada junto a la vía México-Guadalajara.

Pronto el campo estuvo abarrotado de máquinas, cabuces, vagones, tanques, góndolas y plataformas que, aun en buenas condiciones, se desechaban para hacer nuevas instalaciones muy caras y poco duraderas. Las máquinas a diésel empezaron



Estación de parada en la vía México-Laredo.



Por poco tiempo se pudo ver en la estación de Huehuetoca las flamantes máquinas diésel.

a llegar al patio; sin mantenimiento quedaron inservibles en pocos años. Se calcula que este lugar albergó alrededor de cinco mil toneladas de material. Cuando ya no hubo espacio comenzó el remate. La venta se hizo por kilos a un precio risible y la corrupción afloró: sólo fueron registradas, a veces por órdenes del director, 10 o 15% de las cargas que salieron. Al bronce y al cobre, que se cotizaban a buen precio, se les ponía costo de fierro o plomo cuando eran comprados por compañías extranjeras.

Los ferrocarriles agonizaban y con ellos la fuente de empleo de maquinistas, fogoneros, auditores, garroteros, cocineros, maleteros, montacarguistas, cortadores de acero, cargadores, oficinistas y vigilantes, entre otros. En 1999 el Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos (Banobras) se encargó de hacer la privatización; vendió todas las instalaciones y máquinas, con lo que 90% de los trabajadores se quedó sin trabajo. Todos fueron liquidados con su cuota de retiro, pero su futuro era incierto.

Compró la empresa Peñoles. Las líneas, según su ruta, se dividieron en cinco compañías: Kansas City hacia el norte; Ferromex hacia el Pacífico; Ferronales (principal transportador de petróleo) a Coatzacoalcos, Veracruz, y Salina Cruz, Oaxaca; Transportes Ferroviarios Mexicanos viaja hacia Laredo; y Ferrosur hacia Tehuantepec y Mérida. En 2003, Ferronales de México tenía sólo 200 trabajadores y apenas dos vigilantes en Huehuetoca. Antes de concretar la venta total, FNM

donó a Huehuetoca una máquina de vapor de 280 toneladas, con el número 3031. En la actualidad, el antiguo campo de chatarra tiene un pozo con una profundidad de 114 metros y una descarga de 10 pulgadas de agua.

Después de años de estabilidad, los comercios de Huehuetoca se vieron desiertos: sin compradores, sus mercancías permanecían en las bodegas. También el campo fue abandonado porque no había clientes para las cosechas, que se echaban a perder. Pese a todo, la vía rápida a la ciudad de México volverá a hacer de Huehuetoca una población importante. En 2008 el sistema de transporte por ferrocarril iba en aumento; máquinas diésel arrastraban hasta 130 plataformas con maquinaria, semillas y otros productos. El mejor servicio será el de ferrocarriles urbanos y foráneos, pues los adelantos en ingeniería permiten que los trenes alcancen una velocidad de hasta 180 kilómetros por hora sobre rieles normales, y podrán transportar a gran cantidad de pasajeros rápido y sin tanta contaminación. Podemos afirmar que los ferrocarriles están resucitando y con ellos lo hará Huehuetoca.



Ambulancia de la Cruz Roja utilizada para atender a los heridos durante la Revolución.

EJIDO DE HUEHUETOCA EN LA ACTUALIDAD

EL 23 DE SEPTIEMBRE DE 1922, DURANTE EL GOBIERNO DEL GENERAL ABUNDIO Gómez, se reconoció a Huehuetoca como pueblo. Ese año, la extensión de las haciendas era la siguiente: Xalpa y anexas (Boca Negra, San Martín, Cuevas, El Sitio, Santa Teresa y otras), de Guillermo de Landa y Escandón, 23 mil hectáreas; La Guiñada o Guadalupe, de Trinidad Rendón Echenique, mil 229 hectáreas; Santa Teresa (7ª fracción de la hacienda de Xalpa), de José Rómulo Montiel, dos mil 79; San Sebastián, de Ignacio Villar de Villamil, ocho mil 54.



Panorámica de Huehuetoca.

El 2 de marzo de 1921, los habitantes de Huehuetoca solicitaron terrenos al gobierno federal, petición que les fue negada porque el lugar aún no era considerado pueblo. Fue hasta el 4 de agosto de 1924 cuando se aprobó la resolución; Huehuetoca contaba entonces con mil 532 habitantes, de los cuales 647 tenían

derecho a dotación. El 1 de septiembre de 1924 se entregaron mil 344 hectáreas que, sumadas a las mil 258 donadas con anterioridad por el exgobernador Lorenzo de Zavala, hicieron un total de dos mil 602, que constituirían el ejido de Huehuetoca. A cada uno de los 647 agricultores del pueblo le correspondió un lote de aproximadamente cuatro hectáreas.

Este reparto fue autorizado por el entonces presidente Plutarco Elías Calles y afectó a las haciendas de Xalpa y anexas, con mil 157 hectáreas; Santa Teresa, con 116; y La Guiñada, con 71. A los propietarios se les dio el derecho de reclamar la indemnización correspondiente.

En 1925 se fundó en La Cañada una colonia con los extrabajadores de las obras del Tajo de Nochistongo, a quienes se les concedió un lote a cada uno. El 25 de enero de 1926, el presidente del Comité Administrativo del Ejido de Huehuetoca solicitó al gobernador en turno, Carlos Riva Palacio, la restitución de los terrenos de Plan de la Cañada o una ampliación del ejido.

El 21 de marzo de 1929, Emilio Portes Gil autorizó la ampliación del ejido de Huehuetoca con mil 822 hectáreas. En esta segunda ocasión, las haciendas de Xalpa y anexas perdieron mil 241 hectáreas; la de San Sebastián, 176; La Guiñada, 405. Santa Teresa no fue afectada porque su propietario, Rómulo Montiel, había muerto en 1913 y sus herederos vendieron dos fracciones de terreno: una de 260 hectáreas a Ricardo Ortiz; otra, de la misma extensión, a Raúl Ortiz. Con el producto de la venta pagaron impuestos, el juicio testamentario y la autorización de cinco fracciones de 294 hectáreas para cada uno de los herederos de Montiel: Perfecta, Demetrio, Magdalena, Nemesio y Cleofás, quienes vendieron cuatro a Miguel Ortega Rojo, Isabel Gil de Ortega, Ignacio Gil y María Ortega de Gil. Al realizar esta venta eludieron la Ley de Afectabilidad, por lo que Santa Teresa ya no fue causa de expropiación, de acuerdo con los artículos 203 de la Constitución del Estado de México y 15 del Reglamento Agrario. Los nuevos propietarios, además de su testimonio, presentaron las escrituras, cuya autenticidad fue comprobada.

La resolución presidencial fue cumplida el 13 de marzo de 1929. El acta de posesión definitiva de la ampliación concedida al ejido de Huehuetoca se entregó el 6 de julio de 1929 en la presidencia municipal, ante Pedro M. Hernández, representante de la Comisión Agraria; Francisco Velázquez, presidente del mismo organismo; Margarito Colín, secretario; Carlos Islas, tesorero del Comité

Particular Administrativo; Miguel Bautista, presidente municipal; Agustín Uribe, secretario del ayuntamiento, y vecinos con derecho a dotación.

El ejido de Huehuetoca quedó, por tanto, en posesión de cuatro mil 424 hectáreas: mil 258 concedidas por el exgobernador Lorenzo Zavala, mil 344 por la dotación del 1 de septiembre de 1924 y mil 822 por la ampliación del 21 de marzo de 1929.

El acueducto de Xalpa fue edificado para llevar agua del manantial de Villa del Carbón hasta la hacienda. En 1902 se construyó la presa de Jorobas, a iniciativa de Guillermo de Landa, propietario de la hacienda de Xalpa, para regar sus tierras y dar de beber al ganado que se encontraba en las faldas de la Sierra de Tepetzotlán. El vaso fue instalado en terrenos de la loma de San Miguel, El Potrero y el monte de Tepetzotlán. Su capacidad inicial era de 50 millones de metros cúbicos. Al hacerse la expropiación para dar posesión definitiva a Coyotepec y al ejido de Huehuetoca, el servicio de irrigación quedó para ambos pueblos y, además, benefició a San Miguel Jagüeyes, Cantera de Villagrán, Ejido de Xalpa San Buenaventura, San José Piedra Gorda y Zitlattepec.

Los agricultores de Ejido de Xalpa utilizaron el agua por algún tiempo, pero los de Villa Nicolás Romero protestaron porque el acueducto cruzaba su territorio y reclamaron sus derechos. En 1940 se suscitó un enfrentamiento entre los habitantes de la localidad de Magú, de Nicolás Romero, y los de Ejido de Xalpa San Buenaventura. Una vez realizados los estudios necesarios, el Departamento Agrario decidió que los propietarios de esas aguas eran los vecinos de Magú.



Presa construida en 1906 por Guillermo de Landa, entonces dueño de la hacienda de Xalpa.



Presa de Peña Alta, que alimenta al Ejido de Xalpa.



Primera cosecha en Ejido de Xalpa, luego de inaugurarse la presa de Peña Alta.

En 1942, Hilario Castillo, de 85 años de edad y vecino de Coyotepec, azuzó a los ejidatarios de su pueblo en contra de los de Huehuetoca porque, argumentaba, el gobierno federal debía reconocer los títulos patrimoniales concedidos a Coyotepec en tiempos de la Colonia. Rechazaba la dotación hecha a Huehuetoca en 1924. Sus principales seguidores fueron Brígido Cristóbal, Eusebio Pineda, Cirilo Albino y Galdino Pineda, músicos de oficio. Durante la refriega resultaron heridos, por el bando de Huehuetoca, los ejidatarios Teodoro Ortiz y Vicente Garfias, y falleció Odilón Baltazar. Las bajas de los coyotecas no se conocieron, pero, al verse superados en la lucha, optaron por retirarse.

En la cañada formada por los escurrimientos de la Sierra de Tepetzotlán, junto a la loma de Ejido de Xalpa, en 1971 se comenzó a construir la presa de Peña Alta, que en 1976 inauguró Luis Echeverría Álvarez. Su capacidad es de 500 millones de metros cúbicos, que se aprovechan para irrigación de Ejido de Xalpa y como abrevadero para el ganado de varias comunidades.

En 1975 se inauguraron cinco pozos para regar los terrenos del ejido de Huehuetoca: uno para El Cuervo, otro para El Jardín, uno más para El Potrero y dos para El Tablón. El mismo año se instalaron también dos cárcamos, uno para sacar agua del río Cuautitlán, bombearla hacia el acueducto de Xalpa y utilizarla en El Potrero, y otro en el Tajo de Nochistongo, para regar el rancho Santa Teresa y la Quinta Isabel.

Adolfo López Mateos (1958-1964) emprendió lo que se conoce como la nueva etapa de la reforma agraria: en 21 meses, su gobierno entregó más de tres millones de hectáreas, equivalentes a 25% de las tierras repartidas entre 1940 y 1958. Asimismo, fueron cancelados los arrendamientos a particulares en zonas ejidales; se organizaron cooperativas ganaderas; se concedieron amparos para los predios agrícolas o ganaderos a los que se hubiera expedido, o se expidiera en el futuro, certificados de infactibilidad para 100 hectáreas de riego, de humedad o de sus equivalentes; se amplió el riego a 150 horas para los predios dedicados al cultivo de algodón, y a 300 para los de plátano, caña de azúcar, hule, coco, uva y otros productos; se autorizaron pequeños predios ganaderos con capacidad para 500 cabezas de ganado; para la propiedad ejidal se amplió la superficie mínima de la parcela a 10 horas de riego o su equivalente.

El 7 de noviembre de 2004, el entonces presidente Vicente Fox Quesada entregó escrituras parcelarias a los ejidatarios de Huehuetoca, con lo que ahora son propietarios legítimos de sus tierras. El título de propiedad significa, además de la seguridad en la tenencia de la tierra, la creación de un clima propicio para la inversión pública y privada en el campo.

ELECCIONES MUNICIPALES

EN LOS ARCHIVOS DE LA PARROQUIA DE SAN PABLO HAY EVIDENCIAS DE QUE las primeras elecciones en Huehuetoca se realizaron en 1749. Los archivos están incompletos, pero permiten saber que hubo votaciones el 12 de marzo de 1758, en octubre de 1845, en 1862, 1863 y 1864. El 7 de mayo de 1890, Huehuetoca fue elevado a la categoría de ayuntamiento.

Las primeras elecciones del siglo xx en el Estado de México se realizaron el 20 de mayo de 1917. El periodo de gobierno que debía cumplir el gobernador electo comprendía del 30 de junio de 1917 al 20 de marzo de 1921. Contendieron por el poder el Partido Liberal del Estado de México, fundado al triunfo de Francisco I. Madero en 1911, el Club Democrático Progresista del Estado de México y el Partido Laborista.

Los grupos estaban unificados en torno a un líder, más que a un proyecto: eran los alvaradistas, pablistas, carrancistas y obregonistas. Los partidos presentaron a 66 aspirantes al puesto de gobernador, porque cualquier grupo de 50 personas podía registrar a su candidato. El Estado de México tenía 119 municipios y gran número de jefes revolucionarios, y por eso, de los 66 ciudadanos, 12 eran generales en activo. El triunfador fue, justamente, un general: Agustín Millán, apoyado por el Club Democrático Progresista. Los presidentes municipales no enviaron las boletas electorales con los padrones correspondientes, tampoco registraron los escrutinios ni hicieron las actas de instalación y cierre de la elección. El poderío militar de los caciques y jefes revolucionarios pesó más que el voto.

En Huehuetoca las elecciones no pudieron llevarse a cabo porque faltó tiempo para organizarlas; los nombramientos de empadronadores se dieron en abril, pero no recibieron a tiempo y en orden sus documentos. Las infracciones obedecieron al desconocimiento de las leyes electorales, que aún no eran del dominio de las clases analfabetas.

En Huehuetoca votaban los varones que, de acuerdo con el artículo 34 de la Constitución, tenían 18 años y estaban casados, o eran solteros de 21 años, con un modo honesto de vivir y por lo menos seis meses de radicar en la entidad. Quedaban excluidos los varones sentenciados judicialmente y las mujeres. Cada votante que sabía leer y escribir llevaba a la mesa su boleta electoral. El analfabeta llevaba su boleta y manifestaba en voz alta por quién sufragaba. Seis de cada 10 votantes tenían que hacer esto porque en Huehuetoca, de 1917 a 1925, 61% de la población era analfabeta.

Durante las elecciones, además de violencia, se presentaban múltiples irregularidades: boletas apócrifas, expedientes incompletos, paquetes electorales abiertos y ausencia de padrón de electores, entre otras. Fueron tiempos de exagerada confianza ciudadana o de mucha ingenuidad.

En 1928, Plutarco Elías Calles fundó el Partido Nacional Revolucionario (PNR), que fue sucedido por el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), creado por Lázaro Cárdenas. Con estas instituciones, la violencia desapareció. El PRM fue un partido de masas, cuyos miembros decidían a qué candidato apoyar a través de convenciones en las que obreros y campesinos tenían voz y voto. Por vez primera llegaron obreros a la Cámara de Diputados. Empero, tras una fachada de democracia, este partido protegía los intereses de la burguesía. En 1946, con Miguel Alemán Valdez, el PRM cambió objetivos e ideología, y nació el Partido Revolucionario Institucional (PRI). En Huehuetoca, los triunfos de este instituto político fueron absolutos hasta 1994.

El Partido Acción Nacional (PAN) fue fundado en la ciudad de México el 16 de septiembre de 1939 por Manuel Gómez Morín, con el apoyo de estudiantes católicos. El PAN no presentó candidato a la presidencia en 1940, aunque de manera extraoficial apoyó a Juan Andrew Almazán.

El Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) fue creado en 1964 por Jacinto B. Treviño, gracias al apoyo brindado por el entonces presidente Adolfo Ruiz Cortines. En 1994 ganó la alcaldía de Huehuetoca, el primer triunfo de un partido de oposición en el municipio.

Otros institutos políticos, como el Partido de la Revolución Democrática (PRD), fundado en mayo de 1989, y el Partido Mexicano de los Trabajadores, fundado en septiembre de 1974, han presentado candidatos a la presidencia municipal de Huehuetoca, pero han obtenido muy poca votación y sólo han logrado colocar regidores.

De 1934 a 1946 hubo elecciones cada dos años y los candidatos fueron postulados por un único partido político: el PNR (después por el PRM). De 1934 a 1935 gobernó Antonio Portillo Basurto (Polotitlán, 1892; Huehuetoca, 1993), quien hizo construir el panteón municipal; de 1936 a 1937, José María Soto Atayde, que levantó la Escuela Primaria “Lázaro Cárdenas”; de 1938 a 1939, José de Jesús López Olguín (Exhacienda de Xalpa, 1892; Huehuetoca, 1939), a quien se debe el primer edificio del Palacio Municipal; de 1940 a 1941, Francisco Velázquez Huazo, quien creó la Escuela Primaria “Isidro Fabela” en Salitrillo; de 1942 a 1943, Manuel Cano Olguín, a quien tocó edificar la Escuela Primaria “Cuauhtémoc”, en La Cañada; de 1944 a 1945 tocó el turno a Guadalupe Chimal Moscosa.

En 1946 los periodos de administración municipal se ampliaron a tres años y los candidatos fueron propuestos por el PRI. Para el periodo 1946-1948 fue elegido Justo Reyes Almazán. De 1949 a 1951 gobernó Roberto Donis Galván (Huehuetoca, 1903-1957), quien construyó la plaza cívica del municipio.

Entre 1952 y 1954 fue alcalde Eulalio Cano Godínez (Exhacienda de Xalpa, 1921; Huehuetoca, 1996), quien construyó el nuevo Palacio Municipal.

Durante el periodo 1955-1957 gobernó Jesús Ortega Gil (ciudad de México, 1918; Huehuetoca, 1967), a quien se debe la Escuela Primaria “Salvador Sánchez Colín”, en San Miguel Jagüeyes.

Ildefonso Ramírez Sánchez (Cuautitlán, 1917; Tepetzotlán, 2002) fue alcalde durante el periodo 1958-1960. A él se deben el edificio de la Escuela Primaria “Benigno Pérez”, ocupado posteriormente por la Escuela Secundaria “Josefa Ortiz de Domínguez”, en Huehuetoca; la escuela “Fernando Lugo”, en Santiago Tlaltepoxco; la introducción de la red de agua potable y la electrificación de Huehuetoca y Puente Grande, así como la entrega de desayunos escolares.

En el periodo 1961-1963 fue alcalde Rafael Islas Mendoza (Huehuetoca, 1915-1993), quien concluyó la Escuela Primaria “Gustavo Baz Prada”, en la cabecera. De 1964 a 1966, Regino Martínez Rodríguez (Huehuetoca, 1914) amplió el panteón municipal, dotó de agua potable a San Miguel Jagüeyes y a Santiago Tlaltepoxco y fundó la Escuela Secundaria “Josefa Ortiz de Domínguez”. En enero de 1967 tomó posesión Miguel Aguilar Mendoza (Uruapan, Michoacán, 1945), quien perdió su fuero en marzo de 1967. Su sucesor, hasta diciembre de 1969, fue José Guadalupe Godínez Terrazas, quien organizó la primera campaña de vacunación masiva contra poliomielitis, difteria, tosferina y viruela, e introdujo el drenaje en

los campamentos de FNM. De 1970 a 1972 el mando estuvo en manos de Rodolfo Ramírez Sánchez (Tultepec, 1926), que dio agua potable a Huehuetoca, Puente Grande y San Bartolo.

El trienio 1973-1975 estuvo a cargo del médico Ildefonso Ramírez Gil (Huehuetoca, 1941), cuyo logro más importante fue la carretera Teoloyucan-Huehuetoca-Jorobas. En colaboración con su esposa, María del Carmen Zenos Castro, dirigente municipal del Instituto Nacional de Protección a la Infancia (INPI), Ramírez Gil dejó tras de sí un importante legado social, educativo, de salud e infraestructura. Entre las obras emprendidas durante su mandato destacan, por ejemplo, la introducción de la red de agua potable en varias comunidades, la instalación de dos cárcamos en el río Cuautitlán, la edificación de la presa de Peña Alta en Ejido de Xalpa y la actualización de la primera monografía de Huehuetoca.

Asimismo, fue durante el periodo de Ildefonso Ramírez cuando el empresario Jacobo Pérez Barroso, dueño de la hacienda de Xalpa, aceptó vender parte de sus terrenos para crear el Fraccionamiento Industrial Xalpa, donde se instalaron 65 empresas, y el fraccionamiento Nueva Xalpa, con los servicios de agua potable y drenaje para 10 mil viviendas.

Como reconocimiento para Ildefonso Ramírez Gil y su ayuntamiento, en diciembre de 1975 se le entregó una placa de metal, enmarcada en madera, con la enumeración y el costo aproximado de cada obra emprendida durante su mandato. En la placa aparecen, además, el nombre y firma de los representantes de cada sector del municipio, testigos de los trabajos realizados.



Carlos Hank González visitó Huehuetoca cuando fue candidato a gobernador. Orador: Ildefonso Ramírez Gil.



Carlos Hank González, María del Carmen Zenos de Ramírez y Luis Echeverría Álvarez.



Sixto Noguez, presidente del PRI en el Estado de México; el diputado federal Jesús Moreno; Ignacio Pichardo, secretario de Gobierno mexiquense; Raquel Feregrino, vocal del INPI; Carmen Zenos, presidenta del INPI, e Ildefonso Ramírez Gil, alcalde de Huehuetoca.



María del Carmen Zenos e Ildefonso Ramírez con los representantes de Singer, durante la entrega de 10 máquinas de coser para la instalación de un taller de costura en un salón del Palacio Municipal.



Don Jacobo Pérez Barroso después de haber firmado el compromiso de quedar como aval del Ayuntamiento de Huehuetoca.



Después de las firmas, don Jacobo ofreció una comida a los interesados en realizar inversiones en el municipio en cuanto la carretera estuviera terminada.



Carretera Teoloyucan-Huehuetoca, tramo del vertedero.

De 1975 a 1978, Huehuetoca fue gobernado por Rodolfo Ramírez Sánchez, quien construyó la Unidad Habitacional “Jorge Jiménez Cantú” y amplió la red de agua potable. El relevo (1979-1981) tocó al economista Jacinto Ramírez Gil (Huehuetoca, 1948), a quien se debe el centro de salud de El Calvario, el almacén municipal y la perforación de un pozo en la unidad construida por su antecesor.

El contador Francisco Borrajo Villegas (Huehuetoca, 1931) fue presidente municipal durante el periodo 1982-1984. Amplió la infraestructura educativa, introdujo el agua potable en la loma de San Bartolo y construyó el nuevo Palacio Municipal.

Para el periodo 1985-1987, los votantes de Huehuetoca eligieron a una mujer: Felipa Alonso Martínez (Huehuetoca, 1931-2004), quien abrió una telesecundaria en San Bartolo y donó el terreno para la construcción de Aldeas Infantiles SOS Huehuetoca, entre otras obras.

Jacinto Ramírez Gil volvió a la presidencia municipal en el periodo 1988-1990. En esta ocasión puso énfasis en la infraestructura educativa, creó la casa de salud de San Bartolo, el lienzo charro en la cabecera, tecalis en Jorobas y Exhacienda de Xalpa, e hizo instalar canaletas de riego para Ejido de Xalpa.

La profesora Virginia Villegas Cano (Huehuetoca, 1958) fue alcaldesa de 1991 a 1993. Entre otras obras, instaló depósitos de agua potable en Jorobas, San Pedro Xalpa y El Calvario; construyó jardines de niños en Jorobas, Nueva Xalpa y Barranca Prieta; edificó una capilla en el panteón; electrificó Santa María, Barranca Prieta y parte de Nueva Xalpa; y donó el terreno para el Hospital General Regional de Huehuetoca, para cuya construcción dejó también 100 mil pesos.

La hegemonía del PRI terminó con Francisco Olguín Cerón (Huehuetoca, 1943), primer candidato postulado por el PARM, quien ganó la alcaldía para el periodo 1994-1996. Durante su gestión se construyó casi la totalidad del Hospital General Regional de Huehuetoca, así como secundarias en Santa María y Santiago Tlaltepoxco, y una escuela para adultos en Exhacienda de Xalpa. Su sucesor fue el arquitecto Marco Antonio Velázquez Reyna (Huehuetoca, 1968), del PAN, cuyo mandato comenzó el 1 de enero de 1997 y terminó el 18 de agosto de 2000, es decir, duró tres años y ocho meses, para permitir que las elecciones de diputados locales y gobernador del Estado de México se llevaran a cabo en fechas diferentes. Velázquez Reyna concluyó el Hospital General Regional de Huehuetoca,

inaugurado por Ernesto Zedillo Ponce de León, y lo dotó de mobiliario. De agosto a diciembre de 2000 tomó el relevo Tomasa Hernández Márquez (1937).

Ramiro Martínez Ortega (Huehuetoca, 1972) recuperó para el PRI la alcaldía, de 2000 a 2003, y arrancó la construcción de los bulevares Huehuetoca-Jorobas y Huehuetoca-Santa María. El panista Ignacio Reyna Corona (Huehuetoca, 1954) tomó el mando durante el ciclo 2003-2006. Entre otras obras, mejoró la infraestructura carretera, pavimentó la cabecera municipal, remozó la parroquia de San Pablo y la capilla de Santa María, remodeló todo el sistema de agua potable del municipio e instaló un hospital para la mujer.

En 2006, cuando Huehuetoca tenía poco más de 70 mil habitantes, Salvador Quezada Ortega (1963) se hizo cargo de la administración hasta 2009, cuando fue relevado por Juan Manuel López Adán (Huehuetoca, 1966), del PRI, para el trienio que concluyó en 2012.

Durante su gestión, López Adán logró de las empresas constructoras, fraccionadoras e industriales el compromiso de construir una escuela, una plaza cívica, un jardín de niños o una biblioteca (éstas se convirtieron en elefantes blancos, pues nunca se pusieron en servicio por falta de equipo). Empero, las secundarias fueron olvidadas y sólo se levantó una; muchos estudiantes perdieron el ciclo 2012-2013 porque en el municipio había apenas 19 planteles (telesecundarias y de educación básica), insuficientes para cubrir la demanda.

EDUCACIÓN

AL PROMULGARSE LA CONSTITUCIÓN DE 1917, EL GOBIERNO MEXICANO SE HIZO cargo de la educación primaria. El primer edificio escolar que funcionó en Huehuetoca era de dos plantas, con muros de adobe, y contaba con cuatro salones; sus techos eran de bóveda catalana con tejamanil y tierra. El profesor encargado era Jesús Montiel. En la avenida principal existía también una escuela particular atendida por una señorita llamada Sofía, quien cobraba de seis a 15 centavos por semana, pero también recibía pagos en especie. En ambas escuelas sólo se podía estudiar hasta el tercer grado.

En 1939 se construyó lo que sería la presidencia municipal, donde se acondicionaron tres aulas para el mismo número de años escolares. En 1941 se inauguró la Escuela Primaria “Lázaro Cárdenas”, hecha por el gobierno federal, y por primera vez se cubrieron los seis grados de primaria. En cuanto entró en funciones todos los niños fueron obligados a inscribirse. Los padres de familia se alarmaron: pensaron que sus hijos serían internados y no saldrían del plantel hasta concluir su educación. Fue necesario que las autoridades hicieran, casa por casa, labor de convencimiento.

Como era la única escuela en Huehuetoca, asistían a ella niños de todas las comunidades. El plantel fue dirigido durante varias generaciones por el profesor Antonio Gutiérrez Gutiérrez. La jornada comenzaba a las ocho de la mañana, se salía a comer a la una de la tarde y las clases eran retomadas de tres a cinco. Los alumnos de los barrios cercanos, como Santa María, Puente Grande, San Bartolo y Salitrillo, iban a comer a sus domicilios, a caballo o a pie, y regresaban por la tarde; los que vivían más lejos llevaban sus alimentos.

En 1948 se construyó un aula en Salitrillo; en 1950, la Escuela Primaria “Cauhtémoc”, con dos aulas, en La Cañada; en 1953, tres salones más para la escuela “Salvador Sánchez Colín”, en San Miguel Jagüeyes. En la cabecera municipal, en 1958, se edificó la Escuela Primaria “Benigno Pérez”, con la mano de obra de los habitantes y el financiamiento de Jacobo Pérez Barroso. Por el apoyo

recibido, el pueblo aceptó ponerle a la institución el nombre del padre del empresario. En el mismo año se construyeron en Santiago Tlaltepoxco dos aulas más. De nuevo, las faenas fueron realizadas por los vecinos y el financiamiento corrió a cargo, esta vez, de José Lugo Guerrero, propietario de La Guiñada, por lo que la escuela lleva el nombre de su progenitor, Fernando Lugo.

En 1961 se construyó una nueva escuela en la cabecera municipal: la “Gustavo Baz Prada”, y se desalojó el edificio que ocupó la Escuela Primaria “Lázaro Cárdenas” porque ya resultaba insuficiente. En 1965, el plantel de la Escuela Primaria “Benigno Pérez” fue destinado para la fundación de la secundaria “Josefa Ortiz de Domínguez”, que inició con dos grupos de primer año, con 15 alumnos cada uno. La educación se pagaba por cooperación y el director fue el profesor Antonio Gutiérrez Gutiérrez.

En 1972 existía una sola primaria de organización completa, que era la “Gustavo Baz Prada”. Ese año se construyeron dos aulas en San Pedro Xalpa, donde sólo se enseñaba hasta tercer grado, como sucedía también en Salitrillo, La Cañada, San Miguel Jagüeyes y Santiago Tlaltepoxco.

En el periodo 1973-1975, el ayuntamiento descentralizó la educación primaria y construyó las aulas necesarias para cubrir hasta el sexto grado: tres en San Pedro Xalpa, La Cañada, Salitrillo y San Miguel Jagüeyes; seis en Ejido de Xalpa y Santiago Tlaltepoxco.

Después se crearon cuatro nuevas escuelas en Santa María, San Bartolo, Jorobas y Puente Grande, así como laboratorios de Física y Química para la secundaria “Josefa Ortiz de Domínguez”, dirigida por Jesús Garduño Márquez. Con ello se logró su reconocimiento oficial por parte de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y la educación pasó a ser gratuita, de modo que el gobierno comenzó a pagar los sueldos de los maestros. También construyeron la primera biblioteca pública y tres jardines de niños.

La construcción de la secundaria de Salitrillo concluyó en 1990, año en que también se dotó a Barranca Prieta de una escuela y un jardín de niños. En 1982 comenzó la educación preparatoria en el municipio, justo en el edificio ocupado por la Escuela Secundaria “Josefa Ortiz de Domínguez”. Ingresaron 80 alumnos divididos en dos grupos. La preparatoria estrenó su propio edificio en 1983, en el barrio de Santa María.

En 1984 fueron ampliadas las diferentes primarias y construidas la secundaria de San Miguel Jagüeyes y la telesecundaria en Ejido de Xalpa. En 1985 se abrió

el Jardín de Niños “Niño Artillero”, en el centro, y la telesecundaria en el barrio de San Bartolo.

El 1 de octubre de 1990 se fundó la Escuela Superior de Comercio en parte de las instalaciones de la secundaria “Josefa Ortiz de Domínguez”. Durante el ciclo 1991-1992 fue desplazada a la Unidad Habitacional “Jorge Jiménez Cantú”. La directora, Andrea Arenas Ramírez, insistió en la necesidad de que la institución contara con su edificio propio, pero, a pesar de carecer de éste, logró obtener su oficialización por parte de la SEP.

El 9 de julio de 1993 egresó la primera generación de la Escuela Superior de Comercio. En noviembre del mismo año, la institución fue trasladada a su edificio definitivo, el de la Escuela Secundaria “Josefa Ortiz de Domínguez”, que a su vez se mudó a sus nuevas instalaciones, en el barrio Salitrillo.

En 1991 fueron creadas la primaria de Barranca Prieta, la primaria y la secundaria federal en el fraccionamiento Exhacienda de Xalpa y el jardín de niños de San Pedro Xalpa. En 1994 fueron abiertas dos escuelas para adultos: una para Huehuetoca y otra para el fraccionamiento antes citado.

PROFESIONISTAS EN HUEHUETOCA

Los alumnos de la Escuela Superior de Comercio, bajo la dirección de la profesora Andrea Arenas Ramírez, realizaron un censo de ciudadanos nacidos en Huehuetoca que lograron obtener un certificado de estudios superiores. El primer profesionista de Huehuetoca fue el médico cirujano Ildefonso Ramírez Gil, el quinto hijo de los 14 que tuvo la pareja conformada por Enriqueta Gil Maya e Ildefonso Ramírez Sánchez.

Ramírez Gil comenzó sus estudios en la Escuela Primaria “Lázaro Cárdenas”, en Huehuetoca; cursó la secundaria y la preparatoria en el Colegio “Cristóbal Colón”, de la ciudad de México, y formó parte de la generación 1959-1964 de la Facultad de Medicina de la UNAM. Cumplió su internado universitario en el Hospital Civil de Guanajuato y su servicio social en Hueypoxtla, Estado de México (1966). Obtuvo su título profesional el 16 de febrero de 1967, con don Jacobo Pérez Barroso como su padrino de graduación.

En enero de 1995 eran 160 los profesionistas, técnicos y auxiliares nacidos en Huehuetoca: 13 médicos, 16 profesionistas de la construcción, 32 personas con licenciaturas varias, 11 maestros, seis profesionistas varios, siete profesionistas de comercio, cuatro auxiliares de medicina, un técnico de construcción, 16 técnicos en electricidad y mecánica automotriz, 53 auxiliares de comercio y un auxiliar de enfermería.

Para el ciclo escolar 1996-1997, la SEP del Estado de México determinó que la Escuela Superior de Comercio se convertiría en el Centro de Bachillerato Tecnológico (CBT) número 1. El cambio permitió a los alumnos dos opciones: egresar como técnicos en contabilidad o continuar sus estudios en cualquier rama profesional.

Hasta el año 2003 se abrió una secundaria en Puente Grande. En 2005 se construyeron dos nuevas aulas para la primaria “Fernando Lugo”, una para la primaria de Jorobas y otra para la escuela “Salvador Sánchez Colín”. También se puso la barda perimetral de la Escuela Secundaria “Josefa Ortiz de Domínguez” y una sala de cómputo en el CBT.

En 2010, Huehuetoca contaba con 61 centros escolares: 24 jardines de niños, 20 primarias de organización completa, cuatro secundarias, cuatro secundarias técnicas, tres telesecundarias, tres preparatorias, un bachillerato técnico y dos escuelas para adultos.



Jaime Keller Torres, director de la Facultad de Veterinaria de la UNAM, Unidad Izcalli, cuyo nombre le fue puesto al CBT instalado en el fraccionamiento Santa Teresa III.

ALDEAS INFANTILES SOS
HUEHUETOCA

ALDEAS INFANTILES SOS ES UNA INSTITUCIÓN QUE BUSCA REMPLAZAR A LA familia del niño huérfano o abandonado, para permitirle desarrollar una vida normal en la sociedad a que pertenece. El sistema socioeducativo del hombre está centrado en la familia, íntima comunidad que ofrece protección y amor. Cuando la familia se rompe de manera prolongada o definitiva, el estado anímico de un niño se ve seriamente afectado. Ello puede comportar graves crisis de crecimiento y conducta, así como predisposición a sufrir enfermedades.

La creación de Aldeas Infantiles SOS se debe a Hermann Gmeiner (Austria, 1919), descendiente de una familia campesina de Vorarlberg y huérfano de madre. Después de la Segunda Guerra Mundial estudió medicina en la Universidad de Innsbruck, conoció el desamparo y la miseria de la juventud de la posguerra y fundó la primera aldea. Su iniciativa fue aplaudida en todo el mundo. En reconocimiento a su obra, fue admitido como miembro honorario de la Academia de Ciencias, recibió el doctorado honorífico de dos universidades, el título de profesor y muchas otras distinciones.



Póster con el lema de Aldeas Infantiles SOS.

Gmeiner estableció más de 230 aldeas. La primera fue fundada en 1949 en Imst, Tirol; después se crearon varias en la India, en Nueva Delhi, Bawana, Jaipur y Calcuta. El sistema educativo de Aldeas Infantiles SOS se basa en cuatro principios que pueden resumirse en cuatro palabras clave: madre, hermanos, hogar y aldea. Su lema es: “Una madre, una casa, una aldea y amor por los niños abandonados”.

Esta institución llegó a Huehuetoca en 1986. El ayuntamiento presidido por Felipa Alonso Martínez donó un terreno de 100 mil metros cuadrados donde se construyeron 10 casas, en cada una de las cuales hay espacio para 10 niños y su madre sustituta. El complejo incluye una vivienda para el director, un kínder y canchas deportivas. En los servicios religiosos y la escuela primaria, los niños conviven con los vecinos, integrándose así a la comunidad.



Otto Bronimann, segundo director de la aldea, recibido por las niñas María de la Cruz y María Guadalupe Ramírez Zenos.

Los niños acogidos tienen de seis meses a seis años de edad. A todos se les brinda alimento, casa, vestido y educación; cuando han concluido la media superior deben valerse por sí mismos, aunque pueden visitar a sus hermanos.

El primer director de la aldea de Huehuetoca era oriundo del Distrito Federal y tenía una formación militar que quiso inculcar a los niños, así que los despertaba de madrugada para hacer honores a la bandera y ejercicios demasiado pesados para ellos. Este director fue sustituido por Otto Bronimann, quien llegó desde Austria en compañía de su esposa e hijo. Bronimann creció en una aldea en Europa, de modo que supo tratar mejor a los niños. Todos los días visitaba cada casa para verificar el estado de los pequeños, corroborar que asistieran a clases y, en caso de que alguno estuviera enfermo, llevarlo al médico.

En 1988 se formó el primer Comité Municipal de Aldeas Infantiles SOS Huehuetoca, integrado por vecinos del lugar y presidido por Jacobo Pérez Barroso, con Rafael Buerba Pérez como secretario e Ildefonso Ramírez Gil en calidad de tesorero.



Aldeas Infantiles SOS Huehuetoca.

LEYENDAS DE HUEHUETOCA

EL SANTO CRISTO

EN 1910 FUE COMPRADO, POR UN CUARTILLO Y UN PUÑO DE MONEDAS DE ORO, UN Santo Cristo para la parroquia de Huehuetoca, a cargo de un sacerdote llamado Marcos, quien, al ser notificado por la Diócesis de Tlalnepantla de que sería removido de su puesto, le ordenó a su sacristán, Antonio Martínez, llevarle el Cristo.

La figura tiene una expresión de sufrimiento (se dice, incluso, que cerca de Semana Santa su rostro se vuelve más sombrío) y su cuerpo está articulado con goznes que permiten inclinarlo en diferentes ángulos para la representación de las tres caídas. Por tales características, era muy codiciada por el padre, que supuestamente se había enamorado de la imagen y deseaba llevarla consigo a donde se le enviara a ejercer su ministerio.

El sacristán puso al Cristo en una carreta, con los cuidados y respetos que merecía. Después de un rato los animales de tiro ya no quisieron avanzar: retrocedían como si algo los espantara. El padre Marcos ordenó cortar la cabeza del Cristo porque creía que haciéndolo las bestias continuarían el viaje. El sacristán, obediente, tomó un serrucho y enseguida brotaron gotas de sangre de la santísima figura. Al ver esto, el padre Marcos decidió regresar a la parroquia.

Desde entonces, el Santo Cristo es considerado milagroso y cada Semana Santa se le llena de regalos (túnicas, resplandores, cabelleras, ramos de flores, etcétera).

EL CHARRO DE LA HACIENDA DE XALPA

Cuando la hacienda de Xalpa estaba en posesión de la familia De Landa y Escandón, se decía que alguna vez vivió por ahí una hermosa mujer de la que se había prendado un hombre que montaba muy bien a caballo e iba siempre elegante, vestido de negro con botonadura de plata, aunque era de cuna humilde.

Los padres de la dama no estaban de acuerdo con que su hija tuviera una relación con el charrito, por lo que le prohibieron que anduviera con él; sin embargo, ella

estaba enamorada y hacía hasta lo imposible por ver a su apuesto galán. Descubierta el idilio, los padres la encerraron. El jinete desapareció y nadie supo más de él.

Tiempo después, varias monjas que estaban de retiro en la hacienda de Xalpa dijeron que se les había aparecido un hombre vestido de charro. Presas del pánico, interrumpieron su estancia sin dar explicaciones. Lo mismo sucedió con otros grupos de religiosas. Algunos trabajadores al servicio de la casa grande también supieron de las apariciones, pero muy poca gente lo creyó.

En 1974, mientras era construida la carretera Teoloyucan-Huehuetoca, fue necesario sacar tierra del banco que existía en la curva del vertedero, donde actualmente hay un basurero. Durante las excavaciones, los trabajadores encontraron el esqueleto de un caballo con su jinete y restos de la montura con chapetones de plata. Se le dio poca importancia a este hecho; sin embargo, desde entonces dejó de aparecer el charro de la hacienda de Xalpa.

EL TOCADOR DE CHIRIMÍA

Cuentan que los sábados, días de plaza, un señor que vivía en Huehuetoca tocaba la chirimía para ganarse la vida. Lo hacía de forma tan especial que era conocido aun fuera del pueblo, pues a todos gustaba. Otros días, el hombre se iba a la plaza de Tepeji, en Hidalgo, al noroeste de Huehuetoca, y tenía que pasar por el cerro Cincoque, donde, se dice, existe una cueva encantada.

Un lunes por la tarde, a su regreso de Tepeji, iba el buen señor de la chirimía caminando por el cerro Cincoque cuando descubrió a una hermosa doncella que le preguntó, con voz melodiosa, a dónde se dirigía. Él le contestó que a Huehuetoca, pues ahí vivía. La bella joven le pidió que la llevara, y él, incrédulo, aceptó.

“Me voy a ir contigo, pero me has de llevar cargando a tus espaldas desde aquí hasta la parroquia de tu pueblo. Tienes que llevarme para que el padre me bendiga y retire el encantamiento que existe en mí”, dijo la mujer. De mil amores aceptó el caballero y enseguida tomó el camino de La Cañada, para cruzar el Tajo de Nochistongo por el llamado puente de El Nopal.

Eran tan bellas las piernas de la joven que el hombre de la chirimía, que la llevaba a cuestas, volteó para darle un beso. “Si de aquí a Huehuetoca vuelves a mirarme, me convertiré en serpiente”, le advirtió ella. Él no le creyó y siguió

de frente, pero cada vez que daba un paso sentía el roce de las piernas y era más grande su deseo de volver a verla.

Cuando llegaron al puente de El Nopal, que hace una pequeña hondonada y se pierde de vista, el señor de la chirimía no resistió más y, creyéndose cubierto, volteó su rostro para besar a la muchacha, quien de inmediato se transformó en serpiente y se fue hacia abajo, hacia la corriente del Tajo de Nochistongo, que tiene, según se dice, comunicación con el cerro Cincoque.

Desde entonces, muchos han sido los jóvenes que han querido encontrar a la hermosa mujer para desencantarla.

LA CUEVA DEL CERRO CINCOQUE

El cerro Cincoque tiene dos partes, la más elevada de las cuales parece un pecho de mujer. En su parte más alta, es decir, en lo que sería el pezón, se colocó una cruz. El lado oriente del cerro da hacia el pueblo de Huehuetoca y es muy boscoso. En el lado poniente, que mira hacia el poblado de San Miguel, hay una cueva. La segunda parte, un poco más baja, emerge desde la base del pezón y tiene la forma del vientre de una mujer; ahí se construyó una capilla.

En los años 50, un hombre llamado Manuel, del barrio de La Cañada, mató a su madre y huyó hacia el cerro Cincoque, y aunque la policía lo buscó no lo pudo encontrar. Decían que se había refugiado en la cueva que hay en el cerro, que en ésta vivía el diablo y que dentro era posible cultivar frutas y verduras. Por eso Manuel no fue localizado: no le faltaba nada y no tenía que salir de su escondite.

Otros delincuentes también se han refugiado en esta cueva, que supuestamente es muy grande, recibe los rayos del sol y tiene bastante agua, por eso crecen las frutas y verduras. No obstante, sólo tienen acceso a ella los que han cometido un pecado mortal, como matar a una persona, pues son quienes pueden tener trato con el diablo.

Se cuenta que para evitar que los feligreses temieran asistir los días 3 de mayo, festividad de la Santa Cruz, hasta la cruz que había colocado en la punta del cerro, el cura Luis Martínez mandó tapar la entrada de la cueva. Desde entonces, las personas que han cometido alguna falta grave han dejado de usarla como escondite.

EL NIÑO EMPAREDADO

Cuentan que cuando los trabajadores de la hacienda de Xalpa tenían necesidad de pasar frente a la capilla, se santiguaban y rezaban la oración de las ánimas benditas porque era común que en este lugar se escuchara, por las noches, el llanto de un niño. Esto pasó durante muchos años.

En la década de los ochenta, los dueños de la hacienda decidieron remover la barda que circulaba el atrio de la capilla. Mientras trabajaban en ello, los albañiles encontraron los restos de un niño emparedado. Con mucho cuidado y respeto lo depositaron en una caja, lo llevaron a la parroquia de Huehuetoca a bendecir y lo sepultaron en el panteón municipal.

Desde entonces cesó el llanto del pequeño que causaba tanto temor entre los trabajadores.

EL NAHUAL

Durante generaciones, los pobladores de Huehuetoca contaron la historia de un hombre que se entendía con el diablo, gracias a lo cual tenía poderes sobrenaturales, como la capacidad de convertirse en diferentes animales, un perro, un burro, un caballo, etcétera. Así cometía fechorías en el poblado: robaba gallinas, borregos y reses a las que arreaba sin hacer ruido. Al día siguiente del hurto, la gente aseguraba haber visto un enorme perro negro con ojos brillantes que reflejaban rabia. Ante el temor de encontrarlo, los pobladores evitaban salir por las noches; en cuanto se ocultaba el sol todos se encerraban en sus chozas y apagaban las luces para que el perro del mal no entrara a sus viviendas.

Sucedió que un día llegó a Huehuetoca un campesino a solicitar trabajo. Como la mano de obra escaseaba, no tardó en encontrarlo. Para su buena suerte, lo contrató el comisario ejidal. El campesino, originario de San Luis Tashimay, se llamaba José Cirilo Tashidi y era descendiente de otomíes. Pronto se ganó la confianza de su patrón porque desempeñaba su trabajo con honradez y no le gustaba tomar pulque porque, decía, embrutecía a los hombres.

Pasaron dos años y su patrón le ofreció una parcela en el ejido, a condición de que no abandonara su empleo. Tashidi comenzó a labrar su tierra, ocupando

la yunta que el comisario le prestaba. Sembró maíz y logró una cosecha tan abundante que despertó la envidia de sus vecinos. Cuando fue tiempo de corte, llevó a su esposa a que le ayudara a amogotar el zacate con todo y mazorca. Por las tardes juntaba de cuatro a cinco costales de maíz que acarreaba en una carreta que su patrón le facilitaba.

Tashidi empezó a notar que al día siguiente, cuando regresaba, ya habían sido cosechados varios bultos más. Sus vecinos le aseguraron que había sido el nahual quien había cosechado por la noche. Él tomó las cosas con mucha calma, como solía hacerlo, pues era un hombre pacífico, y decidió investigar qué pasaba con su maíz.

Una noche muy oscura, a mediados de noviembre, Tashidi aprovechó para ir a su milpa, pues sería difícil que sin la luz de la luna lo descubriera el posible ladrón. Al llegar a su parcela, sin querer produjo ruido al pisar la hierba seca y divisó una sombra. Armándose con una gruesa caña de maíz, se acercó hasta lo que resultó ser un burro amarrado cerca de uno de los mogotes, del cual comía las mazorcas. Tashidi lo soltó y lo llevó hasta su choza. Tuvo miedo de montarlo y le amarró el hocico, sujetándolo muy fuerte con su diestra.

El campesino dejó al burro toda la noche amarrado del hocico y colgado de la rama de un árbol que estaba cerca de su casa, para evitar que mordiera el lazo y pudiera liberarse. Al día siguiente lo llevó al corral del consejo y explicó al policía de guardia lo sucedido. Al llegar el presidente municipal, el policía le dijo que habían agarrado al nahual robándose el maíz de la parcela de Tashidi.

Muy intrigado, el presidente llamó a su secretario y al comandante de policía. Los tres fueron a cerciorarse de que habían agarrado al nahual. Al ver al animal, todavía amarrado del hocico y colgado de uno de los barrotes de la cárcel, el presidente exclamó: “¡Ah, cabrón!, es el burro de Tiburcio; sí, de Tiburcio el tesorero”.

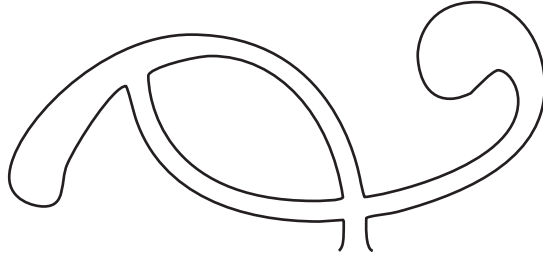
Desde entonces, el nahual no volvió a aparecer. José Tashidi levantó su cosecha sin que le robaran más y los habitantes del pueblo le dieron las gracias porque ya no perdieron gallinas, puercas, borregas, guajolotes ni vacas.

FUENTES CONSULTADAS

- Bracamontes, Luis (1637), *Obras públicas en México. Documentos para su historia 3. Relaciones del desagüe del Valle de México*, Secretaría de Obras Públicas, México.
- Caminos de hierro* (1996), Sección Comunicaciones y Transportes FNM, Corea.
- Carpeta básica ejidal* (1925), s.d., Huehuetoca, México.
- Carpeta única cerrada del ejido de Santiago Tlaltepoxco*, Comisariado Ejidal de Santiago Tlaltepoxco, Huehuetoca, México.
- Caso, Alfonso (1953), *El pueblo del sol*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Chevalier, François (1976), *La formación de los latifundios en México. Haciendas y sociedad en los siglos XVI, XVII y XVIII*, Fondo de Cultura Económica, México.
- De la Peña y Reyes, Antonio (1959), *Antología moral: ejemplos mexicanos de virtudes, con notas históricas y biográficas*, Editora Nacional, México.
- De Solís, Antonio (1968), *Historia de la conquista de México*, Porrúa, México.
- Díaz Soto y Gama, Antonio (1976), *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata*, Ediciones El Caballito, México.
- García Rivero, Heriberto (1964), *Memoria de las obras emprendidas para el desagüe del Valle de México*, Diana, México.
- Gibson, Charles (1967), *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, Siglo XXI, México.
- Gmeiner, Hermann (1981), *Impresiones, reflexiones, confesiones. Aldeas Infantiles SOS*, Editorial SOS, México.
- Gómez de la Serna, Ramón (1943), *Don Diego Velázquez*, Poseidón, Argentina.
- Gómez Lázaro, Alejandro Felipe (1964), *Teoloyucan. Monografía municipal*, Instituto Mexiquense de Cultura, México.
- González Torres, Yolotl (1985), *El sacrificio humano entre los mexicas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Iturrizarria, Jorge Fernando (1973), *Benito Juárez-Porfirio Díaz*, Editora de Periódicos, México.
- Jaulin, Robert (1971), *El etnocidio a través de las Américas*, Siglo XXI, México.

- León Portilla, Miguel (1989), *Visión de los vencidos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- López Portillo y Pacheco, José (1986), *Ellos vienen: la conquista de México*, Fernández Editores, México.
- “Maíz, el alimento sagrado” (2006), en *La Jornada*, p. 10, México.
- Marmolejo, Lucio (1983), *Efemérides guanajuatenses*, Universidad de Guanajuato, México.
- Martí Cotarelo, Mónica (1999), *La hacienda jesuita de Xalpa*, tesis recepcional.
- Memoria técnica y administrativa de las obras del desagüe del Valle de México, 1449-1900* (1902), Secretaría de Recursos Hidráulicos, México.
- Miguel Hidalgo y Costilla, padre de la patria* (1973), Universidad de Guanajuato, México.
- Miranda, José (1952), *El tributo azteca en la Nueva España durante el siglo XVI*, El Colegio de México, México.
- Musacchio, Humberto (1989), *Congregación de pueblos en el Estado de México*, Andrés León Editor, México.
- _____ (1989), *Diccionario enciclopédico de México*, Andrés León Editor, México.
- Nueva historia temática de México* (1992), tomo II, Difusión Editorial, México.
- Oliva, Josefina (1971), *La resistencia indígena ante la conquista*, Siglo XXI, México.
- Palafox, Luis Felipe (1968), *Horizontes mexicanos*, Editorial Orion, México.
- Pereyra, Carlos (1955), *La conquista del Anáhuac*, Editorial Nacional, México.
- Pérez Tamayo, Ruy (1988), *El concepto de enfermedad: su evolución a través de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Ramírez, José (2005), *Semana Santa en Huehuetoca, 1600-2005*, Editorial Progreso, México.
- Ramírez Gil, Ildefonso (1975), *Pueblo y gobierno unidos forman el progreso de Huehuetoca*, Prensa Independiente, México.
- Ricardo, Robert (1986), *La conquista espiritual de México: ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Romero de Terreros, Manuel (1956), *Antiguas haciendas de México*, Editorial Patria, México.
- Taylor, William B. (1987), *Embriaguez, homicidio y rebelión de las poblaciones indígenas mexicanas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Vaillant, George C. (1973), *La civilización azteca: origen, grandeza y decadencia*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Valadés, José C. (1963), *La Revolución mexicana*, Manuel Quesada Editor, México.

- Von Wobeser, Gisela (coord.) (2010), *Historia de México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Weymuller, François (1965), *Historia de México. Un extracto histórico, económico y político*, Diana, México.



*Huehuetoca en
la historia de México, de*

Ildefonso Ramírez Gil, se terminó de imprimir en enero de 2016, en los talleres gráficos de Jano, S.A. de C.V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C.P. 50200, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Adobe Caslon Pro*, de Carol Twombly, de la fundidora Adobe Systems Inc. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Rocío Solís Cuevas. Portada, formación y supervisión en imprenta: Carlos Fernando Bernal Gutiérrez. Cuidado de la edición: Laura Zúñiga Orta y el autor.
Editor responsable:
Félix Suárez.

